

Confesiones

Jacobo Boehme



*" En el agua vive el pez, la planta en la tierra,
El ave en el aire, el sol en el firmamento,
La salamandra debe siempre mantenerse ardiendo,
Y es en el corazón de Dios donde Jacob Boehme se siente en su elemento ".*

ANGELUS DE SILESIA

PROLOGO

Aceptar la vida es aceptar la existencia del Mal. Y el Romanticismo, como filosofía de la vida, no podía sino admitir las fuerzas demoníacas como algo positivo. William Blacke, que en muchos sentidos anticipa a Nietzsche y a Jung, creía que el hombre podría alcanzar una dimensión gigantesca cuando lograra integrar el cielo con el infierno, es decir *su* cielo con *su* infierno, puesto que, como ya lo había dicho Boehme todos los llevamos en nuestro propio interior.

Siendo el Demonio el señor de la tierra, este dilema es también el del cuerpo y el espíritu. Dilema que el racionalismo no fue capaz de superar; simplemente lo aniquiló suprimiendo uno de sus términos. Esta calamidad comienza con Sócrates, para luego propagarse en todo el Occidente y llegar hasta sus últimas consecuencias en esta mentalidad cientificista que nos ha llevado hasta la ruina. Los Tiempos Modernos, en efecto, se edificaron sobre la ciencia, y no hay ciencia sino de lo general. Pero como la prescindencia de lo particular implica la exclusión de lo concreto, los Tiempos Modernos se edificaron aniquilando filosóficamente el cuerpo. Y si los platónicos lo excluyeron por motivos religiosos y metafísicos, la ciencia lo hizo por razones heladamente gnoseológicas.

Entre otras catástrofes para el hombre, esta proscripción acentuó su soledad. Porque la proscripción gnoseológica de las emociones y pasiones, la sola aceptación de la razón universal objetivamente convirtió al hombre en cosa, y las cosas no se comunican: el país donde mayor es la comunicación electrónica es también el país donde más grande y aterradora es la soledad de los seres humanos.

No quiero decir que esta civilización ignore el cuerpo, quiero decir que le ha quitado aptitud cognoscitiva y dignidad metafísica. Lo ha expulsado al reino de la pura objetividad, sin advertir que al hacerlo cosificaban al hombre mismo, ya que el cuerpo es el sustento concreto de la personalidad. La reivindicación del cuerpo por obra de las filosofías existenciales, Nietzsche se había preguntado ya si debe dominar la ciencia sobre la vida o la vida sobre la ciencia. En este interrogante y en la respuesta que le dio se sintetiza la revolución antropocéntrica de nuestro tiempo: el centro no será más ya el objeto, ni siquiera el sujeto trascendental, sino la persona concreta, con una nueva conciencia del cuerpo que la sustenta. Para Heidegger, ser hombres es ser en el mundo, lo que solo es posible por el cuerpo; el cuerpo es quien nos individualiza, quien nos da una perspectiva del mundo, desde el yo y aquí. No ya el Observador Imparcial y Ubicuo de la Ciencia sino este yo concreto encarnado en un cuerpo. En ese cuerpo que se convierte en un ser para la muerte. De donde la importancia metafísica del cuerpo.

Creo que la actualidad de Jakob Boehme reside, precisamente, de su vínculo con esta dialéctica vital entre el cuerpo y el espíritu, del sentido positivo que para él tiene el Mal. Y no me parece exagerado colocarlo como un precursor de esa línea que une los nombres de William Blacke, Nietzsche, Dostoievsky, Melville y Baudelaire.

El bondadoso místico de Goerlitz, mientras trabajaba el zapato de alguna dama con sus trinchetas, meditaba "con gran melancolía y turbación" en el insignificante puesto que la criatura humana ocupaba en la vasta, terrible e indiferente naturaleza. Sí, claro, Dios estaba en todas partes: en el más pequeño de los bichitos como en el fuego de los remotísimos astros, en el apacible mundo de un árbol como en el turbulento universo de nuestras almas. Pero si justamente Dios está en todo, ¿por qué existen las enfermedades y cataclismos, por qué mueren niños inocentes en medio de terribles dolores y cómo es posible que seres indefensos sean torturados o mutilados en medio de las guerras y persecuciones más atroces? ¿Qué permanente tentación la de esos gnósticos que suponen al mundo gobernado por un triunfante Espíritu del Mal! Sin duda que el zapatero de Goerlitz ha de haber cavilado más de una vez en esta (aterradora) posibilidad. Pero era demasiado esperanzado y positivo para que se entregara a este sombrío pensamiento. ¿No existía la posibilidad de una Divinidad que incluyera en su sumo ser y en su suma potencia la totalidad del bien y del mal, de la luz y de las tinieblas? Es seguro que pensará entonces en Nicolás de Cosa y en su "coincidentia oppositorum", para llegar a esa dialéctica cuasi-begeliana que es su teoría de un Dios dinámico que se despliega a través del bien y del mal, para alcanzar la plenitud.

La vasta crisis de los Tiempos Modernos a la que estamos asistiendo es la quiebra de la mentalidad cientificista, y a través de ella acaso podamos acceder a una reivindicación de las fuerzas ocultas que esa mentalidad proscibió, en una reintegración del hombre escindido. Según Hegel, a los periodos más terribles de la historia se siguen las horas más hermosas, porque de la "conciencia infeliz" que resulta de nuestra conciencia del mal surge luego una venturosa plenitud; idea que Nietzsche retoma cuando afirma que de la extrema decadencia resurge un nuevo clasicismo. No sería inapropiado recordar en relación con estas reflexiones aquella de Schopenhauer según la cual hay épocas en que el Progreso es Reacción y la Reacción es Progreso. ¿No estamos precisamente en uno de estos estudios de la historia humana, cuando resulta evidente el carácter reaccionario de una actitud que en nombre del progreso nos ha traído la total enajenación y cosificación del hombre?

Debemos agradecer a la señora Alicia Duprat, profunda conocedora y admiradora de Boehme, la iniciativa de este libro en castellano y su magnífica traducción.

ERNESTO SABATO

Santos Lugares, agosto de 1970

INTRODUCCION

I

Jacobo Boehme, que en este libro nos revela algunos de los secretos de su vida interior, figura entre los más originales de los grandes místicos cristianos. Con un genio natural por las cosas del espíritu, exhibía asimismo muchos de las características del vidente y del metafísico; y su influencia sobre la filosofía ha sido por lo menos tan grande como su influencia sobre el misticismo religioso.

Los místicos no nacen. Son como todo otro hombre el producto de la crianza tanto como el de la naturaleza. La tradición y el medio ambiente condicionan tanto su visión como su presentación. Así, la peculiar y a veces difícil doctrina de Boehme será mejor comprendida cuando sepamos algo de su vida exterior y las influencias que tuvo. Descendía de campesinos y nació en 1575, en un pueblito cerca de Goerlitz, en la frontera de Sajonia y Silesia, y mientras fue niño cuidaba ganado en el campo. Dotado de una disposición piadosa, soñadora y reflexiva, se dice que ya en la niñez tuvo visiones. Como no era suficientemente robusto para el trabajo del campo, se le hizo aprendiz de zapatero; pero sus excesivamente severas ideas relativas a moral le trajeron problemas con los otros trabajadores, así fue despedido y se hizo zapatero remendón ambulante. Durante este forzado exilio, que coincidió con la época más impresionable de su juventud, Boehme captó algo de las insatisfactorias condiciones en que se debatía la religión de su tiempo, las amargas disputas y mutuas tolerancias que dividían a la Alemania protestante; el formalismo vacío que pasaba por cristianismo. Entró en contacto con las especulaciones teosóficas y herméticas que caracterizaban el pensamiento alemán contemporáneo y que parecían ofrecer a muchos un escape de las irrealidades de la religión institucional hacia regiones más espirituales.

Él, personalmente, estaba lleno de dudas y conflictos interiores; torturado no solo por el ansia de certeza espiritual sino también por los ingobernables impulsos y apasionados anhelos de la adolescencia -ese "poderoso contrarium" del cual habla tan a menudo- que suele ser sentido por el místico en su forma más exagerada. Sus apetencias religiosas eran de las formas más simples: "Nunca deseé saber nada de la Divina Majestad... Yo sólo buscaba el corazón de Jesucristo para refugiarme en él de la colérica ira de Dios y los violentos asaltos del Diablo". Como San Agustín en su estudio de los platónicos, Boehme estaba buscando "esa patria que no es mera visión sino un hogar"; y en esto se revelaba ya como un místico cabal. Sus anhelos y luchas en busca de la luz fueron recompensados, como han sido en el caso de muchos buscadores al comienzo de su peregrinación, por una intuición de la realidad, lo cual le resolvió por un tiempo las desarmonías que le atormentaban. El conflicto dio lugar a un nuevo sentido de estabilidad y una "bendita paz". Eso duró pro siete días, durante los cuales él se sintió "rodeado por la Divina Luz". Experiencia similar en la vida de muchos otros contemplativos.

A los diecinueve años Boehme volvió a Goerlitz, donde se casó con la hija del carnicero. En 1599 se transformó en maestro zapatero y se estableció en este oficio. Al año siguiente, tuvo lugar su primera gran iluminación. Su carácter fue peculiar e indicativo de su constitución psíquica anormal. Habiendo pasado de nuevo por un periodo depresivo y atormentado, un día él miraba los rayos del sol. Esto condujo (de una manera que cualquier psicólogo entendería) su mente a un estado tal de sugestividad, que la facultad mística tomó posesión abruptamente de su campo mental. Le pareció que percibía una visión interior del verdadero carácter y significado de todas las cosas creadas. Manteniendo este estado de lucidez, tan maravilloso en su sentido de renovación que él lo compara con la resurrección de los muertos, Boehme salió hacia el campo. Como Fox, poseído por la misma conciencia extática halló que "toda la creación despedía otro olor más allá de todo lo que las palabras puedan expresar", así Boehme ahora miró dentro de lo profundo, dentro del corazón de las hierbas y el pasto, percibiendo que toda la naturaleza ardía con la luz interior de lo Divino.

Era pura intuición, excediendo totalmente sus facultades de discurso y pensamiento; pero la caviló en secreto "laborando en el misterio como un niño que va a la escuela", y sintió su significado "creciendo dentro de él" y desarrollándose "como una planta nueva". La luz interior no era constante: su incontrolable naturaleza inferior persistía, y a menudo le impedía el acceso hacia la mente exterior. Este estado de desequilibrio psíquico y lucha moral, durante el cual él leyó y meditó profundamente, duró casi doce años. Por fin, en 1610, aquello se resolvió con otra experiencia, que coordinó todas sus intuiciones dispersas en una grande y única visión de la realidad. Boehme sintió la urgencia de escribir lo que había visto, y empezó en sus ratos de ocio su primer libro, la "Aurora". El título de este libro, que él describe como "la Raíz o Madre de la Filosofía, Astrología y Teología", muestra hasta qué punto él había absorbido las nociones corrientes de teosofía; pero su propio y vivido relato -una de las más notables descripciones de primera mano de escritura automática o inspiracional que existen- muestra también qué pequeña parte juega su mente exterior en la composición de este libro, que él "se apresuró a poner por escrito en el impulso de Dios".

Boehme, como los antiguos profetas y muchos videntes menores, estaba poseído por un espíritu, el cual ya sea que elijamos considerarle un poder exterior a él o una fase de su propia y compleja naturaleza, estaba dissociado del control de su propia voluntad e "iba y venía como una lluvia súbita". Se manifestaba en chorros de extraña y turbia elocuencia, no controlada por la acción crítica del intelecto. El nos ha dicho que durante los años cuando su visión estaba incubándose dentro de él, "escudriñó muchas obras maestras de la literatura". Estas de seguro incluían las obras de Valentine Weigel y sus discípulos, como asimismo otros libros herméticos y teosóficos; y el fruto de estos estudios semi digeridos se manifiesta en el simbolismo astrológico y alquímico que se suma a un estilo que ya es de por sí oscuro. Como muchos visionarios, él era anormalmente sensible al poder evocativo de las palabras, que usaba a menudo por su cualidad sugestiva tanto como por su sentido. Se cuenta de él una historia, que oyendo por primera vez la palabra griega "idea", se excitó

vivamente y exclamó: "Veo una doncella pura y celestial". Es a esta facultad que debemos atribuir probablemente su amor por los símbolos alquímicos y la altisonante jerga mágica de su época.

Habiendo caído una copia del manuscrito de "Aurora" en las manos de Gregorius Richter, el "Pastor Primarius" de Goerlitz, Boehme fue violentamente atacado a causa de sus opiniones nada ortodoxas y aun amenazado con el exilio inmediato. Finalmente se le permitió permanecer en la ciudad pero se le prohibió seguir escribiendo. Él obedeció este decreto durante cinco años que para él fueron un periodo de renovada lucha y depresión, durante el cual estuvo dividido entre su concepto del respeto por la autoridad y la imperativa necesidad de autoexpresión. Sus opiniones, sin embargo, ya eran conocidas. Le trajeron muchas persecuciones, "vergüenza, ignominia y reproches", dice él "brotando y floreciendo día a día", pero también le ganaron amigos y admiradores de la clase educada, especialmente entre los estudiosos locales de la filosofía hermética y del misticismo. Fue bajo su influencia que Boehme -con su vocabulario ahora notablemente enriquecido y sus ideas clarificadas como resultante de numerosas discusiones- empezó de nuevo a escribir en 1619. En los cinco años entre esta fecha y la de su muerte compuso sus principales obras. Su volumen -y también, debemos confesar, sus frecuentes oscuridades y repeticiones- son prueba suficiente de la furia con que el espíritu manejaba "la mano del escriba". Algunas, sin embargo, parecen haber sido escritas con un cierto arte consciente, para explicar puntos cruciales; pues las intuiciones de la realidad de Boehme, primero confusas y desorientadoras, habían cedido su lugar a una visión más lúcida. La "Aurora" se había convertido en "un día encantador y brillante", en el cual su vigoroso intelecto era capaz de expresar lo que había percibido "depositado y envuelto en las profundidades de la Deidad". Así, las "Cuarenta Contestaciones" establecen su respuesta a problemas planteados por el muy docto Dr. Walther, jefe de los laboratorios químicos de Dresden. Su reputación se extiende ya a toda Alemania, y eminentes estudiosos vienen a su taller a aprender de él. En 1622 renunció a la práctica de su oficio y se dedicó enteramente a escribir y exponer.

La publicación del hermoso "Sendero hacia Cristo", que fue impreso privadamente pro uno de sus admiradores en 1623 provocó un nuevo ataque de parte de su antiguo enemigo Richter. Por una única vez, Boehme condescendió a la controversia, y replicó con dignidad a las violentas acusaciones de blasfemia y herejía que se le hicieron. Fue, sin embargo, obligado por los magistrados a abandonar la ciudad donde ya tenía una gran cantidad de discípulos. Primero fue a la corte electoral de Dresden; allí se reunió con los principales teólogos de la época, que quedaron enormemente impresionados por su seriedad profética e intensa piedad y rehusaron mantener la acusación de herejía. En agosto de 1624, la muerte de Richter le permitió volver a Goerlitz; pero ya estaba moralmente enfermo, y murió el 21 de noviembre de ese año, a la edad de cuarenta y nueve años.

Al tratar de estimar el carácter de las enseñanzas de Boehme, es importante examinar las fuentes de sus concepciones. Aunque sus primeras revelaciones, surgiendo abruptamente de la región del inconsciente, le parece a él que nada deben al arte de la razón, es indudable que estaban fuertemente influidas por recuerdos de libros leídos, creencias aceptadas y experiencias soportadas. Este "resplandor de relámpago" en el cual él tenía sus súbitas visiones del Universo, también iluminaban la estructura de su propia mente y le daban un nuevo significado y autoridad. Así, a menudo es su propio drama interior el que ve reflejado en la pantalla cósmica; un procedimiento que la doctrina "teosófica" del hombre, como el microcosmos del Universo, le ayudaba a justificar. Su temperamento inestable, con alternativas entre la depresión y la iluminación, su constante sentido de lucha, sus abruptas evasiones hacia la luz -"el poderoso contrarium" con el cual se mantenía en permanente combate- condicionan este cuadro del eterno conflicto entre la luz y las tinieblas en el corazón mismo de la creación; la materia prima de la naturaleza en pugna y el formativo Espíritu de Dios. La "corriente de fuego vivo" que él siente en su propio espíritu es su certeza de la fogosa energía creativa Divina.

Además, el Cristianismo Luterano que formó la base de su vida religiosa contribuyó con muchos elementos a este esquema. De allí el intenso dualismo moral, la oposición Paulina entre el "mundo oscuro" de la naturaleza no regenerada y el "mundo de la luz" de la gracia, las doctrinas de la Trinidad y de la regeneración, generalmente esos símbolos tomados del Credo que él a menudo usa en un sentido teosófico. Es familiar con la Biblia, haciendo constante, aunque a veces fantástico, uso de su lenguaje e imagería. Finalmente, los místicos germanos y los filósofos herméticos del Renacimiento, a los cuales leía con fruición, le dieron mucho de la materia prima de su filosofía. La alquimia en su época era todavía un juguete favorito de las mentes especulativas; siendo comprendida parcialmente en su sentido físico y parcialmente en su sentido trascendente. La "doctrina de las correspondencias", que es el tema de uno de los últimos trabajos de Boehme, todavía era tomada seriamente como una guía para la medicina práctica; el cocodrilo embalsamado todavía colgaba en el laboratorio, y el sapo y la araña, eran cuidadosamente destilados. Pero así y todo para los alquimistas espirituales la búsqueda de la Piedra, era la búsqueda de una perfección ultraterrena, y la naturaleza humana era la materia para la "gran obra". Esta "ciencia hermética", en la cual la química, la magia y el misticismo estaban extrañamente combinados, es evidente que fueron una poderosa atracción para Boehme; y su influencia sobre su trabajo no siempre fue afortunada. Pero su deuda con los más genuinamente místicos escritores del siglo XVI, especialmente el reformador silesiano, Caspar Schwenckfeld, y Valentine Weigel, es de muchísima mayor importancia. Ciertamente, a través de Weigel, y tal vez también de primera mano, se relacionó con Paracelso, cuya doctrina de la humanidad como la suma de tres órdenes -el natural, el astral y el divino- él adoptó en "La Triple vida del hombre" y "Tres Principios de la Divina Esencia". Es también a través de Weigel que él traza su origen de los grandes místicos germanos del siglo XIV; porque el santo pastor de Zschopau estaba totalmente empapado en los trabajos de Tauler, y editó esa perla del misticismo cristiano, que es la Theología Germánica.

Boehme, por lo tanto, estuvo muy lejos de ser un fenómeno espiritual aislado. Fue alimentado por infinidad de fuentes; pero todo lo que recibió fue fundido y rehecho en el crisol de su propia vida espiritual. El resultado fue una nueva creación, tan única como la Piedra Blanca, que los alquimistas hacían de su mercurio, azufre y sal; pero no le hacemos ningún honor ignorando los elementos de los cuales surgió.

No es posible extraer de la vasta, prolífica y a menudo difícil obra de Boehme ningún sistema cerrado de filosofía. A menudo se repite, algunas veces se contradice, o esconde su sentido bajo un laberinto de símbolos inconsistentes porque su trabajo jamás perdió el toque de su carácter inspiracional. Pero a medida que estudiamos estos escritos, gradualmente se esbozan ciertas líneas madres, ciertos caracteres fijos, que nos ayudan a encontrar el camino en ese laberinto. Estas, cuidadosamente captadas, nos capacitan para reconocer un orden y un sentido en ese caos, que a menudo es solo aparente; gozar y comprender algo de esa revelación que transformó al pequeño remendón sajón en un profeta del Reino de Dios.

El mapa de la realidad de Boehme está basado, como el de la mayoría de los místicos, en el número tres; y tiene varios interesantes puntos de contacto con el Neoplatonismo. El universo en su esencia consiste en tres mundos, que son "nada menos que Dios mismo en Sus maravillosas obras". Fuera y más allá de la Naturaleza está el Abismo de la Deidad, "el Eterno Bien que es el Eterno", una definición plotiniana del Absoluto que puede haber llegado a Boehme a través de Eckhart y su escuela. Los tres mundos son la trinidad de emanaciones, a través de las cuales la trascendente Unidad adquiere su autoexpresión. Boehme les llama el mundo de fuego, el mundo de la luz, y el mundo de las tinieblas. Estas esferas no se excluyen sino que son aspectos de un todo. Por ellas debemos entender un Ser triple, o "tres mundos en uno", y todos tienen su parte en la producción del mundo exterior de los sentidos, en el que vivimos.

El Fuego es la eterna y energética voluntad Divina hacia la creación: esa vida en permanente agitación, nacida de un deseo vehemente, que inspira el mundo natural del devenir. "Todo lo que está destinado a ser algo debe tener Fuego"; es la autoexpresión del Padre. Del fuego primordial o fuente de la generación, en su vigor, nace el par de opuestos a través de los cuales la Divina energía se manifiesta: el "mundo de las tinieblas" o del conflicto, el mal y la ira, que es la Eterna Naturaleza en sí misma; y "el mundo de la luz", de la sabiduría y el amor, que es el Eterno Espíritu en sí mismo, el Nous platónico, el Hijo de la teología cristiana. El mundo de las tinieblas representa aquella cualidad de la vida que es reacia a todo aquello que llamamos divino; "la naturaleza no regenerada", que para Boehme no era una ilusión, sino una espantosa realidad. Es la esfera de la lucha indiscriminada y amoral, y de todo lo que "muere, odia, ataca y manifiesta arrogante voluntad propia tanto entre los hombres como entre las bestias". El mundo de la luz es la esfera de toda la determinada bondad y belleza; el estado del ser hacia el cual debiera tender con todas sus fuerzas el impulso del devenir. Es el Verbo, o el "Corazón de Dios", para diferenciarlo de Su Voluntad, que mantiene dentro de sí todos aquellos valores a los cuales nos referimos como divinos. En la Luz reside "el eterno original de todos los

poderes, colores y virtudes". Aquí de nuevo, percibimos la influencia platónica en una de las más características ideas de Boehme. Dentro y a través de esta Luz, los bastos impulsos de la fogosa fuerza de vida son sublimados; su titánico celo se transforma en necesario para ello, porque "nada sin oposición puede llegar a manifestarse".

El mundo exterior en el cual residimos de acuerdo al cuerpo, es la creación del Fuego y de la Luz. Ignorando la existencia separada del mundo de las tinieblas, que es así considerado solo como un aspecto el Fuego, Boehme a veces habla de esta esfera física como del tercer Principio Divino o espera del Espíritu Santo, el "Señor y Dador de Vida"; quien es así asignado a una posición muy cercana al concepto de la Psiquis de Plotino, o "Alma del Mundo". Este mundo exterior, dice él, es "tanto lo bueno como lo malo, lo terrible tanto como lo encantador" ya que en él el amor y la ira están siempre luchando recíprocamente. "La vida de la naturaleza se transforma en Fuego y la vida del Espíritu en Luz". El problema permanente del universo tanto como de la vida humana, la esencia de su "salvación", radica en extraer la Luz de su origen de Fuego, o sea extraer la belleza espiritual de la materia prima que abunda en la energía de la propia naturaleza. Esta permanente maduración de la vida desde la raíz oscura hacia la luz del espíritu es a veces llamada por Boehme el "nuevo nacimiento de Cristo" y otras "el crecimiento del lirio". Ello está sucediendo todo el tiempo; es la triunfante autorealización de la perfección de Dios. Él ve el universo como un vasto proceso alquímico, una marmita, perpetuamente destilando los metales viles para transmutarlos en oro celestial.

Y como es en el cosmos, así también es en el microcosmos que es el hombre. El también está en proceso de devenir. La "gran obra" de los herméticos debe cumplirse en él, y él debe aceptar su "angustia" -el conflicto entre el fuego y la luz. "El hombre debe estar en guerra consigo mismo si desea ser un ciudadano del cielo". El combate es inevitable y la victoria es posible porque tenemos la esencia de los tres mundos dentro de nosotros, y estamos "hechos de todos los poderes de Dios". La Luz eterna "resplandece" en cada conciencia. "Cuando veo un justo -dice Boehme- veo allí presentes los tres mundos". Por esta razón, la vida humana es "una bisagra entre la luz y las tinieblas, y a cualquiera de ellas que se entregue, en esa arderá". Las posibilidades de aventura son infinitas. El arco a través del cual oscila es tan ancho como la diferencia entre el cielo y el infierno. Del fuego -angustia, esfuerzo y conflicto- no puede escapar, ya que éste es la manifestación de esa voluntad que es la vida. Pero puede escoger entre el tormento de su propio y aislado "oscuro fuego" -el anhelo centrado en la propia voluntad que es la esencia del pecado- o el abandono de sí mismo al divino fuego de la incansable voluntad divina hacia la perfección. El uno eleva un vórtice dentro del eterno proceso: el otro contribuye con su reserva de energía y amor a ese trabajo universal que transmuta los elementos oscuros en luz, y supera la hendedura aparente entre "naturaleza" y "espíritu". "Toda nuestra enseñanza" -dice Boehme- "se reduce a mostrar al hombre como encender en sí mismo el divino mundo de la luz". Ese mundo está aquí y ahora; y lo único a que aspiraba él era a abrir los ojos de los otros hombres a esta realidad circundante e

interpenetrante. Todo se halla en la dirección de la voluntad: "Lo que somos capaces de hacer de nosotros, eso somos".

Para él, el universo era ante todo y primero que todo un hecho religioso: sus fogosas energías, sus impulsos hacia el crecimiento y el cambio, eran significativos porque eran aspectos de la vida de Dios. Su visión cósmica era la resultante directa de su experiencia espiritual; él la narró porque deseaba estimular en todos los hombres la vida espiritual, hacerles darse cuenta que "El Cielo y la Tierra están presentes por todas partes, y no es necesario más que un giro de la voluntad hacia el amor de Dios o hacia Su ira, lo que nos coloca dentro de ellos". Cuando el ansia o inquietud del devenir, el desesperado anhelo, que debiera conducir tanto el destino individual como el cósmico hacia su límite; vuelve sobre sí mismo y se transforma en un fogoso deseo de autodestrucción, una "rueda de angustia"; eso significa que el proceso alquímico se echó a perder. Entonces se produce lo que Boehme llama "la turba"; y la turba es la esencia del infierno. Pero todo el que se somete al impulso de la Luz, por ese mero acto tiene acceso al cielo del corazón de Dios; porque "el Cielo no es nada más que la manifestación del Eterno, donde todo labora y desea en la quietud del amor".

De aquí que al fin de esta vasta y dinámica visión, esta deslumbrante armonía del universo científico y cristiano, encontramos que los imperativos que gobiernan la entrada del hombre en la verdad son morales; la paciencia, el coraje, el amor, el renunciamiento (entrega de la voluntad). Estas virtudes evangélicas son la condición de nuestro conocimiento de la realidad; porque "Dios reside en todo lo creado pero nada lo llega a entender a menos que se haga uno con ÉL".

Esta es la doctrina de todos los grandes místicos, y ellos han probado esta verdad con sus propias vidas. Esa armonía de lo divino y lo humano es el objetivo real del cristianismo: y nosotros no debemos olvidar que Boehme por sobre todas las cosas fue un cristiano práctico; para quien su religión era un proceso vital y no meramente un credo. Él se quejó de que a los ortodoxos de su tiempo les satisfacía creer que Cristo había muerto una vez por ellos, pero que tal aceptación de la historia no salvaba a nadie.

"Un verdadero cristiano no es meramente un nuevo hombre histórico" -él es un hecho biológico, la corona de la "gran obra" de la alquimia espiritual. La historia cristiana es solo "la cuna del Niño"; la estructura dentro de la cual la ley de regeneración se manifiesta perpetuamente y el "hombre celestial", ciudadano del eterno mundo de la luz, es dado a luz en el mundo del tiempo. Esto, dice Boehme "querriamos de todo corazón que los que se titulan cristianos de los dientes para afuera, pudieran descubrirlo y experimentarlo por sí mismos, y así pasar de la historia a la sustancia". Fue justamente de la plenitud de su propia experiencia que él escribió, como lo muestra la colección de sus declaraciones personales. En ella vemos cuán próxima es la conexión entre su vida interior y su visión "mística"; las grandes demandas morales y los perpetuos conflictos que condicionaron su conocimiento intuitivo de la realidad. Ese conocimiento fue el fruto de la "honesta búsqueda" continuada desde la adolescencia hasta el fin de su vida terrenal; de la

voluntad y anhelos porfiadamente y humildemente centrados en un único objetivo racional de su deseo, y haciendo converger hacia ese único centro todos y cada uno de los elementos de su naturaleza triple. Tan rendida dedicación es el fundamento de todo sano misticismo, y solo se produce en aquellos que adquieren un notable incremento de conciencia, un enriquecimiento de la vida inconcebible para los demás.

"Elabora bien todos estos conceptos -decía Boehme - y rápidamente verás y sentirás aparecer otro hombre con otro sentido, y pensamientos y comprensión. Hablo de lo que sé y he descubierto por experiencias; un soldado entiende de la guerra. Esto lo escribo por amor, como uno que dice en su espíritu cómo le han pasado las cosas a él, para que sirva de ejemplo a otros; para ver si alguno lo quiere seguir y descubra por sí mismo que ha dicho la verdad".

EVELYN UNDERHILL

CAPITULO I

No es el arte el que ha escrito esto, ni hubo tiempo tampoco para entrar a considerar cómo hacerlo correctamente de acuerdo con la debida comprensión del arte de escribir, pero todo fue ordenado de acuerdo al Espíritu, que a menudo actuaba de prisa; de esta manera es probable que en muchas palabras hagan falta letras y en otros casos falten letras mayúsculas en una palabra. La mano del escriba por no estar acostumbrada a la tarea a menudo temblaba; y aunque pude haber escrito de manera más precisa, correcta y simple, la razón por la cual no lo hice fue que el quemante fuego forzaba esa velocidad en mí y tanto la mano como la pluma tenían que apresurarse a obedecer. Pues ese fuego viene y se va como una lluvia súbita.

Soy incapaz de escribir nada por cuenta propia, como un niño que no sabe ni comprende nada, no habiendo aprendido nunca nada; y solo escribo lo que el Señor quiere manifestar a través de mí.

Nunca quise saber nada del Divino Misterio y mucho menos quise saber la manera de buscarlo y encontrarlo. No sabía nada de él, cual es la condición de los legos en su simplicidad.

Solo buscaba yo el Corazón de Jesucristo para refugiarme en él de la colérica ira de Dios y de los violentos asaltos del Diablo. Y oraba con unción al Señor pidiéndole hacerme llegar su Santo Espíritu y su gracia; que se molestara en bendecirme y guiarme hacia él, y retirara de mí todo aquello que conspirara en apartarme de él. Me entregué en total renuncia a él, de modo que no pesara mi voluntad sino la suya, y que él solo me guiara y dirigiera de modo que finalmente yo pudiera ser criatura suya en su hijo Jesús.

En esta seria búsqueda y deseo (en la cual sufrí muchas acerbadas repulsas hasta que por fin resolví mas bien arriesgarme que desertar) la Puerta se abrió para mí, y en un cuarto de hora vi y aprendí mas que si hubiese estado años en la Universidad, por lo cual mi admiración no tuvo limites y me dirigí a Dios en alabanza por ello.

De modo que no solo me maravillé sino también me regocijé; y de pronto me vino la urgencia de poner todo eso por escrito, como en conmemoración de mí mismo, aunque con grandes dificultades pudo mi hombre externo aprehender el sentido de todo aquello y menos aun expresarlo a través de la pluma. A pesar de lo cual debo empezar a trabajar en este gran misterio como un niño que va al colegio.

Lo vi en el interior de mí mismo como un gran abismo, pues tuve una vista completa del Universo, como una compleja y dinámica plenitud, dentro de la cual todas las cosas están ocultas y contenidas; pero me fue imposible explicar aquello.

Y aquello se abrió en mí, de tiempo en tiempo, como en una planta nueva. Estuvo conmigo por espacio de doce años como si hubiese estado gestándose. Dentro de mi

una poderosa compulsión se produjo antes que pudiera ponerla por escrito; pero lo que iba lentamente elaborándose a mi nivel mental, eso yo lo ponía enseguida por escrito.

Después, sin embargo, el Sol resplandeció en mi un buen tiempo, aunque no constantemente, porque algunas veces se escondía, y entonces yo era incapaz de saber ni de comprender bien mi propia labor. El hombre debe entender que su conocimiento no le pertenece, sino que es de Dios, que le manifiesta las Ideas de Sabiduría al alma, en la medida que le complace hacerlo.

De ninguna manera debe entenderse que mi razón es más grande o mejor que la de otros hombres vivientes, solo soy una ramita del Señor y una pequeña y miserable chispa de luz; él puede colocarme donde le plazca, que yo no lo voy a objetar.

Ni tampoco debe entenderse que ésta es mi voluntad natural, ni que hago esto a través de mi propia y pequeña habilidad, porque si el Espíritu fuese retirado de mí, yo no sería capaz de comprender mis propios escritos.

¡Oh, graciosa Gloria y gran Amor, cuán dulce eres! ¡Y cuán amistoso y cortés! ¡Qué amable es tu sabor y gusto! ¡Qué embriagadoramente exquisito es tu olor! ¡Oh, noble Luz, resplandeciente Gloria!, ¿quién puede captar tu extraordinaria belleza? ¡Cuán gentil es tu amor! ¡Qué curiosos y excelentes tus colores! Y todo esto por toda la eternidad. ¡Cómo expresarlo!

¿Y por qué o cómo puedo escribirlo yo, cuya lengua balbucea como la de un niño que estuviese aprendiendo a hablar? ¿Con qué podría yo compararlo? ¿Con qué encontrarle alguna similitud? ¿Compararle acaso con el amor de este mundo? No, que eso es solo un valle de sombras...

¡Oh, inmensa Grandeza! No puedo compararte con nada, sino tal vez con la resurrección de los muertos; allí, otra vez el Amor de fuego se alzaría en nosotros e inflamara otra vez nuestros astringentes, amargos y fríos, oscuros y muertos poderes, y nos ofrecerá de nuevo su abrazo cortés y amistoso.

Oh, Amor gracioso y amable, bendito Amor, y clara y radiante Luz, quédate con nosotros, te lo ruego, porque se acerca el crepúsculo.

CAPITULO II

Soy un pecador y hombre moral como tú y debo, cada día y cada hora, desgarrarme, luchar y combatir con el Diablo, que me aflige en mi naturaleza corrupta y perdida, en ese poder colérico que existe en mi carne, como en todos los hombres, continuamente.

A veces, súbitamente, logro imponerme y otras pierdo la partida; a pesar de lo cual él no me ha vencido ni conquistado, sino que solamente ha adquirido cierta ventaja sobre mí. Si me abofetea, entonces me repliego, pero el poder divino me ayuda de nuevo; entonces él recibe un golpe y a menudo pierde la partida en la lucha.

Pero cuando él es vencido, entonces la puerta celestial se abre en mi espíritu y el espíritu contempla el divino y celestial Ser, no exactamente más allá del cuerpo, sino en la fuente del corazón. Allí surge un resplandor de la Luz en la sensibilidad o pensamientos del cerebro, y allí el Espíritu contempla.

El hombre está hecho de todos los poderes de Dios, extraído de los siete espíritus de Dios, como los ángeles. Pero como es material corruptible, no siempre el poder divino se manifiesta y desarrolla sus poderes, operando en él. Y aunque se despliega en él, e incluso resplandece en él, es incomprendible a la naturaleza corruptible.

Porque el Espíritu Santo no se sujeta en la carne pecadora, sino que estalla como un relámpago, en la misma forma que la chispa de fuego relampaguea en una piedra cuando el hombre la golpea.

Pero cuando este resplandor es captado en la fuente del corazón, entonces el Espíritu Santo se alza en los siete espíritus-fuente hacia el cerebro, como el amanecer del día, como la rojez del amanecer.

En esa Luz el uno ve al otro, lo siente, lo huele, le toma el gusto y lo escucha como si la Deidad estera surgiera en él.

He aquí que el espíritu se asoma a la profundidad de la Deidad. Porque el Dios próximo y lejano es todo uno; y el mismo Dios está en su aspecto triple tanto en el cielo como en el alma del santo.

Es de este Dios de quien tomo yo mis conocimientos y no de ninguna otra cosa; ni quiero saber ni conocer otra cosa que no sea ese mismo Dios. Y él es el que me da esta seguridad de mi espíritu, y por eso yo creo y confío firmemente en él.

Aunque viniese un ángel del cielo a decírmelo yo no lo creería, mucho menos me aferraría de eso, pues dudaría siempre sobre su verosimilitud. Pero el Sol mismo se alza en mi espíritu y por lo tanto de ello estoy absolutamente seguro.

El alma vive en perpetuo peligro en este mundo; por esta razón esta vida está muy bien definida como valle de miseria, lleno de angustia, un ajetreo constante en que somos traídos, llevados, empujados, arrastrados, combatidos.

Pero el cuerpo, frío y medio muerto, no siempre comprende esta lucha del alma. ¿No sabe qué pasa, pero se siente pesado y ansioso; va de una cosa a otra y de un lugar a otro lugar; en busca de quietud y reposo.

Y cuando llega a donde va, no encuentra lo que buscaba. Entonces se llena de dudas y confusiones; le parece que está dejado de la mano de Dios. No comprende la lucha del espíritu, ni como éste a veces está caído y otras exultante.

Tú debes saber que no escribo esto como quien narra una historia que me hubiesen contado. Yo debo permanentemente librar ese combate; y considero que ese esfuerzo que a veces parece derribarme, como a cualquier otro hombre, es algo realmente aniquilador.

Pero justamente porque la lucha es tan violenta y en razón de la seriedad con que abordamos el tema, me ha sido dada esta revelación, y también el vehemente impulso de poner todo esto sobre el papel.

Cuál es la secuela de todo esto, y en qué puede traducirse: no lo sé en absoluto. Solo a veces tengo acceso a los misterios del futuro en el abismo.

Cuando el resplandor surge en el centro, uno ve a través de él, pero no puede aprehender, ni sujetar lo que ve; le sucede a uno como en una tormenta eléctrica, cuando el resplandor del fuego surge súbitamente y asimismo desaparece.

Así pasa en el alma cuando se abre una brecha en pleno combate. Entonces contempla a la Deidad como el resplandor del relámpago, pero la fuente y el despliegue de los pecados la cubre súbitamente de nuevo. Pues el viejo Adán pertenece a la tierra, y no, a la causa de a carne, a Dios.

En este combate he pasado pruebas terribles que han amargado mi corazón. Mi Sol a veces se ha eclipsado y a veces extinguido, pero siempre se alzó de nuevo. Y cuanto más a menudo se eclipsaba, más resplandeciente y claro se alzaba de nuevo.

No escribo esto en mi propia alabanza, sino para ilustrar al lector sobre la base de mi conocimiento, para que así no busque en mí lo que yo no puedo darle, o piense de mí lo que no soy.

Pero lo que yo soy, lo puede ser también cualquier hombre que luche en Jesucristo, nuestro Rey, por obtener la corona del eterno Gozo y vivir en la esperanza de la perfección.

Me maravilla que Dios pueda revelarse tan plenamente a un hombre tan simple y que además a ese precisamente le ordene escribirlo; sobre todo habiendo tantos hombres sabios, que lo harían mejor y más exactamente que yo, que soy tan poca cosa y un ser tan estúpido para el mundo.

Pero yo no puedo ni quiero oponerme a él, aunque a menudo me opuse a él, y si no fuera su impulso y voluntad el que yo lo hiciera, ya me habría retirado la tarea; pero lo único que obtuve con oponerme fue recoger mis piedras para el edificio.

Ahora he trepado tan alto que no me atrevo a mirar para atrás, pues temo al vértigo y ya no me resta más que un pequeño trecho para llegar a la meta que mi corazón aspira, anhela y desea alcanzar en plenitud. Mientras voy subiendo no siento el vértigo, pero cuando miro para atrás y entreveo la posibilidad de regresar, entonces me viene el mareo y el miedo de caer.

Por lo tanto he puesto mi confianza en el Dios fuerte y ya veremos qué sucede. No tengo sino un cuerpo, el cual es mortal y corruptible, gustosamente lo aventuraré en la empresa. Si la luz y el conocimiento de mi Dios permanecen conmigo, tengo suficiente para esa vida y la que le sigue.

Así no me enojaré con mi Dios, aunque en su nombre tuviese que soportar ignominia, vergüenza y reproches, que brotan, abotonan y florecen para mi cada día, de tal modo que me he hecho casi inmune a ellos; cantaré con el profeta David: Aunque mi cuerpo y mi alma desmayen, de todas maneras, oh, Dios, eres mi confianza y mi esperanza y también mi salvación y el consuelo de mi corazón.

CAPITULO III

Los hombres han sido siempre de opinión que el cielo está localizado a muchos cientos, mejor dicho miles de kilómetros de distancia de la faz de la tierra, y de que Dios reside en ese cielo.

Algunos hubo que hasta intentaron medir esta altura y esta distancia, y han fabricado al efecto artefactos extraños e incluso monstruosos. Y yo ciertamente creía que el cielo, antes de mi conocimiento y revelación de Dios, estaba constituido por esa circunferencia redonda, de azur, color celeste que se extiende sobre las estrellas; suponiendo que Dios, como Ser Absoluto tenía allí su residencia, reinando sobre el mundo solamente en el poder de su Espíritu Santo.

Pero como todo esto me había causado ya efectos chocantes, sin duda procedente del Espíritu, que parecía tener una debilidad por mí, caí en un estado de profunda melancolía y gran tristeza, especialmente cuando contemplaba el gran Abismo de este mundo, y también el sol y las estrellas, las nubes, la lluvia y la nieve, y entraba a considerar en mi espíritu la totalidad de la creación del mundo.

Encontré que todas las cosas contenían el bien y el mal; amor y cólera; tanto las criaturas inanimadas como la madera, piedras, tierra y elementos, y también el hombre y las bestias.

Y me detuve a considerar esa pequeña chispa de luz, el hombre, cómo debía ser considerado con respecto a Dios, en comparación con la gran obra del cielo y la tierra.

Y me compenetré del hecho que en todas las cosas residía tanto el bien como el mal, en los elementos como en las criaturas. Me vino una gran melancolía al considerar que ello ocurría con los buenos y con los malos por igual; al ver que incluso las gentes más bárbaras habitaban los mejores países y que en general tenían más prosperidad que los virtuosos y buenos. Ni la lectura de las Escrituras, aunque estaba muy versado en ellas, me daba ningún consuelo. El Demonio agitaba en mí esos pensamientos rebeldes que prefiero ni recordar siquiera.

En esta aflicción y preocupación tan grandes elevé mi espíritu; (aunque por entonces casi nada sabía al respecto), con todas mis fuerzas lo alcé hacia Dios, como en una gran tormenta que arrasara con todo mi corazón y mi mente, como asimismo con mis pensamientos y el total de mi voluntad y resolución, proyectándolo en su lucha hacia el Amor y la Misericordia de Dios, sin ceder hasta que él me bendijera, esto es hasta que me iluminara con su Espíritu Santo, haciéndome conocer su voluntad, lo que me libraría de la desesperación. Y entonces, súbitamente, mi espíritu irrumpió...

En un arrebató de celo decidí tomar al cielo por asalto, y al infierno si fuere necesario, como si tuviese listas reservas extras de virtud y poder, con la firme

resolución de arriesgar mi vida en ello (lo cual evidentemente no dependía de mí, sin la asistencia del Espíritu de Dios), y entonces súbitamente mi espíritu iluminado por Dios rompió las puertas del Infierno y se precipitó hacia Lo Profundo de la Divinidad y sentí su abrazo de amor, como un novio que abrazara, por fin, a su bienamada.

La certeza del triunfo que inundó mi espíritu y la grandeza de todo ello, fue tal que no cabe en palabras, ni dichas ni escritas; ni puede ser comparada con cosa alguna sino tal vez con sentir como la vida surge en medio de la muerte. Es como resucitar de entre los muertos.

Con esta luz mi espíritu fue capaz de ver a través de todas las apariencias, de ver a Dios en todas las criaturas, aun en las hierbas y el césped; supo quién era, como era y cuál es Su voluntad. Y en esa luz, mi voluntad sintió el impetuoso impulso de describir el Ser de Dios.

Pero como no podía entonces aprehender los más sutiles movimientos de Dios y comprenderlos a nivel racional, pasamos casi doce años sin que me fuera concedida la exacta comprensión de todo esto.

Y sucedió conmigo como con un árbol nuevo, que es plantado en el suelo y al principio parece joven y tierno, floreciente al ojo, especialmente por la lozanía de su crecimiento, pero no da fruto todavía y aunque tiene su florecencia, los capullos caen: hace falta que sea batido por los vientos fríos, y azotado por el cierzo helado y la nieve para que aquella madurez se traduzca en flor y fruto.

Así pasó conmigo: ese primer fuego solo fue un principio y no una luz constante y duradera; y desde entonces muchas veces el frío viento se abatió sobre él, pero sin lograr jamás extinguirlo.

A menudo el árbol sintió la tentación de ver si podía dar ya fruto y se llenó de capullos. Pero los capullos fueron arrancados hasta ahora en que ha llegado el momento del fruto.

Es de esta luz que yo obtengo ahora mi conocimiento, mi voluntad, mi impulso y mis esfuerzos. Por lo tanto escribiré este conocimiento de acuerdo con mi capacidad y dejaré al Señor hacer su voluntad. Y aunque enfureciera a todo el mundo, al Diablo y a todas las puertas del infierno, lo haré y observaré hasta ver qué intenta hacer el Señor de él.

Porque soy demasiado débil para conocer sus propósitos. Y aunque el Espíritu a veces permite que a través de esa luz puedan visualizarse algunas cosas futuras, de acuerdo con el hombre exterior soy demasiado débil para aprehenderlas.

El espíritu animado o alma, que desenvuelve sus poderes y se une a Dios, le comprende bien, pero el cuerpo animal solo obtiene un reflejo, un relámpago breve de comprensión. Este es el estado de movimiento interior del alma, cuando atraviesa la

cutícula exterior por acción del Espíritu Santo. Pero lo exterior se cierra de nuevo porque allí se enciende la ira del Señor así como el fuego eclosiona de la piedra y lo sujeta cautivo en su poder.

Entonces se aleja el conocimiento del hombre exterior y él camina de acá para allá, afligido y ansioso, como mujer en trabajo de parto, que de buena gana daría a luz si pudiera, pero no puede hacerlo y continúa sufriendo.

Así pasa con el cuerpo animal cuando ha gustado una vez siquiera de la dulzura de Dios. Se le abre el apetito y anda ávido, con hambre y sed de él; pero el Diablo en el poder de la ira de Dios se opone con todas sus fuerzas, y el hombre en este estado vive en perpetua ansiedad y no le queda otra cosa que hacer sino combatir y luchar.

No escribo esto para mi gloria sino para confortar al lector. Así tal vez, si se aviene a cruzar conmigo por este estrecho puente, no se sentirá súbitamente desanimado y desconfiado cuando las puertas del infierno y la ira de Dios le salgan al paso y se hagan presentes ante él.

Cuando nos reunamos, sobre este estrecho puente de la carne, para ir hacia aquella verde pradera hasta la cual la ira de Dios no llega, seremos recompensados por todo lo que hemos tenido que soportar. Y aunque hasta ahora el mundo nos tome por necios, debemos permitir que el Diablos nos domine, apremie y ruja sobre nosotros.

Ahora fíjate; si diriges tus pensamientos en lo que se refiere al cielo y concibes en tu mente lo que es, donde está y cómo es, no necesitas llevar tus pensamientos a muchos kilómetros de distancia, porque ese lugar, ese cielo, no es tu cielo.

Y aunque, en verdad, eso está unido con tu cielo como un solo cuerpo, constituyendo un único cuerpo con Dios, tú no has sido hecho para ser una criatura de ese lugar que está a muchos cientos de miles de kilómetros de distancia, sino que fuiste hecho para un cielo de este mundo, que contiene también tal abismo como nadie puede ni siquiera imaginar.

El verdadero cielo está en todas partes, aun en ese lugar donde estás. Y así cuando tu espíritu presiona a través del astral y de la carne y aprehende el movimiento interior de Dios, entonces allí está muy realmente en el cielo.

Es innegable que hay un glorioso cielo con sus tres planos en alto por sobre el abismo de este mundo, en el cual el Ser de Dios, en compañía de sus ángeles se mueve y regocija con gran pureza, brillo y belleza. Y solo podría negarlo el que no procede de Dios.

Tú debes saber que este mundo en sus pliegues profundos e interiores desenvuelve sus propiedades y poderes, en unión con el cielo que está más arriba. Así hay un Corazón, un Ser, una Voluntad, un Dios, todo en todo.

El movimiento exterior de este mundo no puede captar el movimiento exterior del cielo que está sobre él, porque son el uno con respecto al otro como la vida y la muerte; o como el hombre y una piedra son recíprocamente.

Hay un sólido firmamento dividiendo el exterior de este mundo y el del cielo superior, y ese firmamento se llama Muerte, que reina por doquier en el exterior de este mundo y constituye un gran golf entre ambos.

El segundo movimiento de este mundo está en la vida; es el astral, del cual se genera el tercer y sagrado movimiento. Y allí el amor y la ira se entrecrocán permanentemente. Porque el segundo movimiento yace en los siete espíritus de este mundo, y está en todas partes y en todas las criaturas como asimismo en el hombre. Pero el Espíritu Santo también reina en este segundo movimiento y ayuda a generar el tercero, el santo movimiento.

Este, el tercero, es el claro y sagrado cielo que se une con el Corazón de Dios, distinto de todos los cielos, y sobre todos ellos, como un corazón.

Por lo tanto, hijo del hombre, no te descorazonas, ni seas tímido, ni pusilánime. Si en tu celo y honesta sinceridad tú siembras la semilla de tus lágrimas, no la siembres en la tierra, sino en el cielo, porque en tu movimiento astral las siembras y en tu alma la maduras y en el reino del Cielo la posees y gozas.

Si los ojos del hombre fueran abiertos vería a Dios en todas partes en su cielo; pues el cielo consiste en la profundidad de todo.

Cuando Esteban vio el cielo abierto y al Señor Jesús a la derecha de Dios, entonces su espíritu no ascendió al cielo superior sino que penetró en el movimiento interior, donde el cielo está por doquier.

Ni pienses tampoco que Dios es un ser que permanece en el cielo superior y que el alma cuando sale del cuerpo asciende alejándose a miles de kilómetros. No necesita hacer eso. Se ubica en el movimiento interior y allí está con Dios, y con todos los santos ángeles y puede de súbito estar arriba y de pronto abajo; no hay nada que la obstaculice.

Porque en el interior la Deidad superior o inferior forma un solo cuerpo y es una puerta abierta. Los santos ángeles conversan y caminan para arriba y para abajo en el interior de este mundo, al lado de nuestro Rey Jesucristo; en la misma forma en que lo hacen en las alturas en sus mansiones, regiones o cortes.

¿Dónde estaría o quisiera estar mejor el alma del hombre que con su Rey y Redentor Jesucristo? Porque cerca y lejos en Dios es una y misma cosa, una posibilidad de captación, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo por doquier, en todas partes están.

La puerta de Dios en el cielo Superior, no es otra, ni es tampoco más brillante, que la que está acá en este mundo. Y ¿dónde podría haber dicha mayor que en ese lugar donde en cada hora, en cada momento, hermosos, encantadores y adorables niños recién nacidos y ángeles llegan al Cristo, pasando de la muerte a la vida? ¿Dónde podría haber mayor alegría que allí donde en medio de la muerte, la vida se genera continuamente? ¿No aporta cada alma consigo un nuevo triunfo? Y por supuesto hay acá para ella un calidísimo y cordial saludo de bienvenida.

¿Consideras que mi manera de escribir es muy terrenal? Si pudieras asomarte a mi ventana no pensarías que lo es. Aunque deba usar un lenguaje terrenal, bajo él subyace un sentido auténticamente celestial que en mi lenguaje exterior no soy capaz de expresar.

Me doy perfecta cuenta de que lo que digo referente a los tres movimientos no puede ser aprehendido por el corazón de cualquier hombre, especialmente si éste está sumergido, ahogado, inmerso en la carne. Pero no puedo expresarlo en otra forma, porque es así no más; y como yo me refiero al puro espíritu, porque en rigor de verdad no hay otra cosa, tal corazón es totalmente inhábil de comprender esto, no pudiendo captar otra cosa que no sea lo carnal.

No debes suponer que lo que escribo aquí es algo dudoso, susceptible de ser cuestionado si es así o no; pues las puertas del cielo y del infierno permanecen abiertas para el espíritu y en la Luz él ensaya pasar a través de ambas, contemplándolas, probándolas y examinándolas.

Y aunque el Diablo no puede arrebatarme la Luz, suele escondérmela a través del movimiento exterior carnal, de modo tal que el astral sufre ansiedad y la sensación de encierro, como si le aprisionaran.

Pero estos son solo sus turbios manejos con los cuales disimula y oscurece la semilla del paraíso. Referente a esto el Santo apóstol Pablo dijo que le habían puesto una gran espina en su carne y que él había rogado fervorosamente al Señor lo apartara de sí, a lo cual el Señor le respondió: Bástate mi gracia.

Porque él también había llegado a este lugar y hubiese de buena gana preferido poseer la Luz sin obstáculos ni impedimento, sentirla suya en el movimiento astral. Pero no podía ser así; porque la ira mora en el movimiento carnal y allí reside la corrupción. Si la ira fuese totalmente retirada del astral, entonces él allí sería como Dios y sabría todas las cosas como Dios las sabe.

Lo cual ahora en esta vida solo es accesible como conocimientos al alma que desenvuelve sus poderes en unión con la luz de Dios, y aun así esa alma no puede traerla de vuelta otra vez al astral. En la misma forma que una manzana en un árbol, no puede entregar de nuevo su olor y sabor al árbol o a la tierra, aunque proceda de ese árbol; así mismo sucede con la naturaleza humana.

El santo hombre Moisés estaba tan profundamente inmerso en la Luz que aquella glorificó, clarificó e hizo resplandecer también el astral, de tal manera que incluso la apariencia exterior de su cara radiaba el mismo esplendor.

El también deseaba ver la luz de Dios perfectamente en el astral; pero no podía ver pues el obstáculo de la ira yace ante ella. Aun la naturaleza entera y universal del astral en este mundo no puede aprehender la Luz de Dios; por lo tanto el Corazón de Dios está escondido, aunque resida en todo lo creado e interpenetrándolo todo.

Tú ves cómo la ira de Dios yace escondida en el exterior de la naturaleza, y no puede ser despertada, a no ser que el hombre la despierte, el cual lo hace a través de su envoltura carnal que desarrolla una capacidad de activarse y unirse con la ira de la envoltura exterior de la naturaleza.

Por lo tanto si alguno es condenado al infierno no debiera decir que Dios lo ha hecho, o que desea que sea así. El hombre despierta el fuego de la ira en sí mismo y si esto es atizado se une a la ira de Dios y al fuego infernal como una sola y misma cosa.

Porque cuando tu luz se extingue, entonces permaneces en la oscuridad. Dentro de la oscuridad se esconde la ira de Dios y si la despiertas, arde dentro de ti.

Hasta dentro de una piedra hay fuego; si no la golpeas, el fuego yace escondido; pero si la golpeas, el fuego estalla y si en la cercanía hay un elemento combustible, éste se encenderá y arderá convirtiéndose en un gran fuego. Asimismo sucede con el hombre, cuando inflama el fuego de la ira que de otro modo yace dormido.

CAPITULO IV

Cuando contemplas el abismo que se extiende sobre la tierra, no debieras decir que esa no es la puerta de Dios, donde Dios reside en su grandeza; No, no, no pienses eso, porque la Santísima Trinidad entera, Dios Padre, el Hijo y el Espíritu Santo residen en el centro, bajo el firmamento del cielo, aunque ese mismo firmamento no puede comprenderlo.

En realidad todo es como si se tratara de un solo cuerpo, el movimiento exterior y el interior más el firmamento del cielo, como también el movimiento astral que está allí dentro y en el cual reside la ira de Dios, pero así y todo ellos son entre sí como el gobierno, estructura o constitución en el hombre.

La carne significa el movimiento exterior, y es la mansión de la muerte. El segundo movimiento en el hombre es el astral, en el que se establece la vida, y donde permanecen juntos el amor y la ira de Dios, luchando mutuamente. Hasta aquí se conoce el hombre a sí mismo, porque el astral genera la vida del plano exterior, es decir de la carne. El tercer movimiento se genera entre el astral y esa cutícula exterior y es llamado el espíritu animado o alma y es tan grande como el total del hombre.

Ese movimiento, el hombre exterior no lo conoce ni aprehende, ni tampoco el astral; pero cada espíritu fuente comprende a esa fuente de donde procede, que se parece al cielo.

El hombre animado o alma debe presionar a través del firmamento del cielo hacia Dios y vivir con Dios, y si no lo hace, el hombre total no puede venir al cielo hacia Dios.

El hombre no puede ser integralmente libre de la ira y del pecado porque los movimientos del abismo de este mundo tampoco son totalmente puros ante el Corazón de Dios; siempre el amor y la ira luchan entre sí.

En el segundo, el astral, donde el amor y la ira están mutuamente en contra, reside un espíritu de vida y del firmamento del cielo, el cual procede del espíritu.

Y el diablo puede llegar hasta la mitad de este movimiento, solo hasta donde llega la ira y no más lejos; por lo tanto el Diablo no puede saber cómo se genera la otra parte de este movimiento. Esta otra parte del astral, que pertenece al amor, es el firmamento del cielo que sujeta en cautividad la ira inflamada, junto con todos los demonios que allí no pueden entrar. En ese cielo reside el Espíritu Santo, que procede del Corazón de Dios, y lucha contra la ira, generando para sí mismo un templo en medio de la ferocidad de la ira de Dios.

Y en este cielo reside el hombre que teme a Dios, incluso mientras todavía está dentro del cuerpo aquí en la tierra; pues ese cielo está en el hombre, en la misma forma que en el abismo sobre a tierra. Y en la misma forma también en que en ese abismo se debaten el amor y la ira, asimismo lo hacen en el interior del hombre hasta que el alma se separa del cuerpo, pero cuando esto sucede, ella reside solo en el cielo del amor o solo en la ira.

Y en este cielo los santos ángeles residen entre nosotros, mientras los diablos lo hacen en la otra parte. En este cielo el hombre vive entre el cielo y el infierno y debe sufrir de la ira y soportar muchos golpes, tentaciones y persecuciones, y a veces hasta tormentos y opresiones.

La ira es llamada la Cruz, y el cielo del amor es llamado paciencia, y el espíritu que se alza allí se llama esperanza y fe, que une con Dios y lucha con la ira hasta vencerla y obtener la victoria.

¡Oh, teólogos! El espíritu aquí abre una puerta para ustedes. Si no son capaces de ver ahora y alimentar vuestros corderos y ovejas en la verde pradera, en vez del matorral seco, se harán responsables de ello ante el severo implacable y colérico juicio de Dios; por lo tanto tened esto en cuenta.

Tomo al cielo por testigo de que aquí yo cumplo mi parte. El Espíritu me conduce a hacer esto y estoy obligado, sin poder liberarme de esta responsabilidad, pase lo que pase, y cueste lo que cueste.

El tercer movimiento en el cuerpo de Dios en este mundo está escondido. En él reside el todopoderoso y sagrado Corazón de Dios, donde nuestro Rey Jesucristo, con su cuerpo natural se sienta a la derecha de Dios, como Rey y Señor de todo el cuerpo de este mundo.

El cuerpo de Cristo no es ya de la consistencia dura, sino de la divina, de la naturaleza de los ángeles. Nuestros cuerpos también lo serán en la resurrección, no teniendo ya la carne dura y los huesos, sino serán como los ángeles; y aunque contendrán dentro de sí todos los poderes y formas, ya no serán de la actual consistencia.

Cristo dice a María Magdalena en el jardín de José, en el sepulcro, luego de la resurrección: “No me toques, porque todavía no he ascendido a mi Dios y a tu Dios”, como si dijera: “Ya no tengo más mi cuerpo animal, aunque me muestro ante ti con mi antigua forma, porque si no lo hiciera, tú con tu cuerpo animal no podrías verme”.

Así durante los cuarenta días posteriores a su resurrección, no siempre caminó en forma visible entre sus discípulos, sino invisiblemente, de acuerdo con su propiedad angélica y divina. Cuando hablaba con sus discípulos, se mostraba en forma palpable y conversaba en su propio lenguaje, pues lo corruptible no puede aprehender lo

divino. Y una prueba de que su cuerpo era de calidad angélica es el hecho de que fue hacia sus discípulos a través de las puertas cerradas.

Así puedes entender que su cuerpo se unió con los siete espíritus de la naturaleza en el movimiento astral y en la zona del amor; manteniendo al pecado, la muerte y al Diablo cautivos en la zona de la ira.

Tú puedes así apreciar cómo tú estás en este mundo por todos lados tanto en el cielo como en el infierno y que te mueves permanentemente entre el cielo y el infierno en constante peligro. Puedes ver como el cielo está en el hombre santo, y que por doquiera vayas o estés, si tu espíritu coopera con Dios, en lo que se refiere a esa parte estás en el cielo, y tu alma es en Dios. Es por eso que Cristo dice: “Mis ovejas me pertenecen y ningún hombre puede arrebatármelas”.

De la misma manera tú ves también cómo estás siempre en el infierno y entre los demonios si te mueves en la ira; si tus ojos fueran abiertos verías cosas maravillosas, pero permaneces entre el cielo y el infierno y no puedes ver ninguno de los dos, porque caminas por un puente muy angosto.

Algunos hombres han logrado muchas veces, en el espíritu astral entrar allí, a través de un éxtasis, como los hombres designan este estado, y a pesar de estar en esta vida, han podido ver las puertas del cielo y del infierno, y luego han dado testimonio de que muchos hombres residen en el infierno con sus cuerpos vivientes. Haciendo gala de ignorancia e indiscreción, el mundo ha reído de ellos con desprecio y escaneo, pero lo que estos hombres decían era absolutamente verídico y tal como ellos lo declaraban.

CAPITULO V

El Simple dice: “Dios hizo todo de la nada”. Pero ese no conoce a Dios ni sabe lo que el mismo es. Cuando contempla la tierra junto con el abismo que está sobre ella, este hombre piensa que todo esto no es Dios, o piensa que Dios no está allí. Siempre ha creído que Dios reside sobre el cielo azulado de las estrellas y reina, por decirlo así, a través de algún espíritu que va de aquí para allá por el mundo en su sombra; y que su cuerpo no está presente aquí abajo en la tierra.

Yo he leído opiniones similares en libros de versados Doctores, y he hallado muchas opiniones, disputas y controversias de este tipo entre los eruditos.

Pero en vista de que Dios me abre la puerta de su Ser en su gran amor, y recuerda los pactos que ha hecho con los hombres, fielmente, seriamente, y de acuerdo con mis capacidades, yo mostraré a ustedes esas puertas abiertas hasta donde él me lo permita.

Esto no quiere decir que soy un experto en estas cosas, sino que explicaré hasta donde yo soy capaz de entender.

Por el Ser de Dios es como una rueda, donde muchas ruedas se entrecruzan, hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados, pero todas concéntricas, girando todas juntas.

Y cuando un hombre contempla esa rueda, se maravilla y no puede de una sola vez aprehender el sentido de lo que está mirando. Pero cuanto más contempla la rueda, más aprende de su forma, y cuánto más aprende más anhelo tiene de ella, porque cada vez ve algo más maravilloso. Así nunca contemplo lo suficiente ni nunca aprende bastante.

Eso me pasa a mí también. Lo que no digo en un lugar referente a este gran misterio, ustedes lo encontrarán en otra parte. Y lo que no puedo describir aquí con respecto a la grandeza de este misterio y a mi propia incapacidad, ya lo encontrarán en otra parte.

Porque este es el primer brote de esta rama que arranca de su madre, como un pequeño que empieza a caminar y por supuesto de entrada no puede correr.

Aunque el espíritu ve la rueda y está más que dispuesto a aprehender su forma en cualquier lugar, no es capaz de hacerlo justamente por el giro de la rueda. Pero cuando el espíritu se le da la oportunidad de volver a ver esa forma ya aprehendida, entonces va aprendiendo cada vez más y se regocija y deleita en la rueda, anhelando volver a encontrarse frente a ella.

Ahora observen: La tierra tiene justamente las mismas cualidades y espíritus fuente que el abismo que está sobre la tierra tiene, o que el cielo tiene, y todo esto junto

pertenece a un solo cuerpo. El Dios universal es este único cuerpo total. Pero el pecado es responsable de que ustedes no puedan enteramente verle o conocerle. A causa del pecado, tú, dentro de este gran cuerpo divino, permaneces encerrado en la carne mortal y el poder y la virtud de Dios se esconden de ti, como la médula de los huesos se esconde de la carne.

Pero si tú en el espíritu irrumpes a través de la muerte, que es la carne, entonces tú puedes ver el Dios escondido. Porque la carne mortal no pertenece al movimiento de la vida, de modo que no puede recibir ni concebir la Vida de la Luz como algo propio de ella, pero la Vida de la Luz en Dios asciende de la carne y genera para sí misma, a través de ella, un cuerpo celestial y viviente, que conoce y comprende a la Luz.

El cuerpo mortal es un cascarón del cual emerge el nuevo cuerpo, como un grano de trigo sale de la tierra. El cascarón no se alzarán y vivirá de nuevo, sino que permanecerá para siempre en la muerte.

Contemplad el misterio de la tierra: así como ella da a luz, así debéis hacer vosotros. La tierra no es ese cuerpo que sale hacia la luz, pero es la madre de la cual procede, así también tu carne no es el espíritu, pero es la madre del espíritu.

Y en ambos, en la tierra y en tu carne, la Luz de la clara Deidad está escondida, pero de ambos emerge y se cobija en un cuerpo que es diferente para cada especie.

Y como es la madre es el hijo: el hijo del hombre es el alma que nace en el movimiento astral de la carne; y el hijo de la tierra es el pasto, las hierbas, los árboles, la plata, el oro y todos los minerales.

De la tierra sale el pasto, las hierbas y los árboles, y de la tierra proceden la plata, el oro y los minerales. En el abismo sobre la tierra emergen los maravillosos dones del poder y la virtud.

Ahora invito a todos los amantes de las estimables y altamente consideradas artes de la filosofía y teología, ante este espejo donde abriré las raíces y bases de estas materias.

Yo no uso sus tablas, fórmulas o esquemas, reglas o maneras, porque no he aprendido de ellos. Tengo otro profesor, que es la fuente viva de la naturaleza.

¿Qué podría yo, un simple lego, enseñar o escribir acerca de su gran arte, si no me fuera dado por el Espíritu de la naturaleza, en quien vivo y soy? ¿Me debo oponer a que ese Espíritu se manifieste, donde y en quién le plazca?

Oh, hijo del hombre, abre los ojos de tu espíritu, porque te mostraré aquí la verdadera, la real puerta de Dios.

¡Contempla! Ese es el verdadero, único, solo Dios del cual fuiste creado y en el cual vives; y cuando tú contemplas el abismo y las estrellas y la tierra, entonces tú contemplas a tu Dios. En él tú vives y tienes tu ser, y ese mismo Dios te gobierna y de él tú obtienes tus sentidos. Eres una criatura de él y en él; y si no, jamás habrías sido.

Ahora dirás que escribo de un modo pagano. ¡Cuidado con lo que dices! Observo cuidadosamente cómo son las cosas que te digo. Porque no escribo paganamente, sino en el amor de la sabiduría; ni soy un pagano sino que tengo el real conocimiento del único y grande Dios que es el Todo.

Cuando tú contemplas el abismo, las estrellas, los elementos y la tierra, entonces no aprehendes con tus ojos la brillante y clara Deidad, aunque ella está ahí y en ellos; si no que tú ves y aprehendes, con tus ojos, primero la muerte y después la ira de Dios.

Pero si elevas tus pensamientos y entras a considerar donde está Dios, entonces tú aprehenderás el movimiento astral, donde el amor y la ira se entrecruzan. Y cuando la fe se acerque a Dios, que reina santamente en estos dominios, entonces tú llegarás a él porque habrás llegado a su Corazón.

Y cuando esto esté hecho, entonces tú serás como Dios es, que en sí mismo es el cielo, la tierra, las estrellas y los elementos.

CAPITULO VI

¿Dónde buscarás a Dios? Búscale en tu alma que procede de la naturaleza eterna, la fuente viva a través de la cual opera lo divino.

¡Oh, si yo tuviera con mi pluma la habilidad de poner en palabras el espíritu de conocimiento! Pero solo puede tartamudear como una criatura que empieza a hablar, sobre esos grandes misterios; tan pobremente puede la lengua terrenal expresar aquello que solo el espíritu comprende. No obstante lo cual voy a tratar de ver si logro inclinar a alguno hacia la búsqueda de la perla del perfecto conocimiento, de trabajar en las obras de Dios en mi paradisíaco jardín de rosas; porque el anhelo por la eterna madre naturaleza me fuerza a escribir y ejercitarme en éste, mi conocimiento.

No hay dinero, ni bienes, ni arte, ni poder alguno que pueda llevarle a usted hacia el eterno descanso del eterno paraíso, sino únicamente el conocimiento en el cual usted esfuerza su alma. Esa es la perla que ningún ladrón puede robarle; búsquela y encontrará ese gran tesoro.

Nuestra habilidad y comprensión son algo tan estrecho y raquítico que ya no tenemos ni idea de lo que pueda ser el paraíso. Y a no ser que nazcamos de nuevo, el velo de Moisés cubre nuestra visión continuamente y seguimos pensando que el paraíso es el lugar del cual él dijo: “Dios colocó a Adán en el jardín del Edén que había creado para establecerlo allí”.

¡Oh, hombre bienamado! El paraíso es la Dicha divina. Es el Gozo divino, angélico, que sin embargo no está fuera de este mundo. Cuando yo hablo de la fuente de dicha del paraíso, y de su sustancia, y en qué consiste, no tengo para ello similitud en nuestro pobre lenguaje; necesito del conocimiento y del lenguaje angélico para expresarlo; y aunque dispusiera de él, con esta lengua no podría hacerlo. Es bien comprendido por la mente, solo cuando el alma vuela en alas del Espíritu, pero con la lengua no puedo expresarlo. A pesar de ello, continuaré tartamudeando como los niños, hasta que se me dé otra boca con que hablar.

Sobre todo teniendo en cuenta que algo de la gracia del poder de Dios me ha sido conferida para que pueda conocer el camino hacia el paraíso, y cómo cada uno debe realizar el trabajo que Dios le ha asignado, no descuidaré mi tarea sino que haré todo lo que pueda mientras transito estos caminos.

Aunque apenas seré capaz de deletrear estos temas pienso que mi tarea proporcionará suficientes elementos cuya correcta elaboración les tomará a muchos todo el largo de su vida. El que piensa que lo tiene todo ya sabido a este respecto, no ha empezado todavía por la primera letra del paraíso, porque en esta escuela no hay doctores sino meros aprendices.

No hay nada tan cerca de cada uno de nosotros como el cielo, el paraíso y el infierno. Y es la inclinación que usted demuestre hacia cualquiera de ellos, y hacia cuál se dirige en particular, lo que determina la cercanía a que lo tiene de sí mismo. Hay un movimiento entre cada dos de ellos, y ambos movimientos están en usted. En uno, Dios le llama M y en el otro está el Diablo llamándole. Usted hace la elección. Según con cual anda, es la opción que ha hecho. El Diablo tiene en su mano poderes, honores, placer y dicha mundana. Y en la raíz de todo esto, se agita el fuego del infierno y la muerte. Dios tiene en su mano, cruces, persecuciones, miseria, pobreza, ignominia y penas. Y en la raíz de todo ello también hay fuego. Pero en ese fuego está la luz, y en esa luz la virtud, y en la virtud el paraíso. En el paraíso están los ángeles, y entre los ángeles se encuentra la Dicha. La débil visión humana no puede contemplarla; pero cuando el Espíritu Santo entra al alma, ésta renace en Dios, y entonces se transmuta en criatura del paraíso y posee la llave del paraíso, pudiendo ver a su alrededor.

Si usted ha nacido de Dios, entonces usted puede comprender a Dios, al paraíso, al reino del cielo y el infierno; de cómo las criaturas entran allí y de la creación de este mundo; pero si no es así, entonces el velo cubre sus ojos como cubría los de Moisés. Por lo tanto dijo Cristo: “Busca y encontrarás; golpea y te abrirán”.

Si usted ha nacido de Dios, entonces usted puede comprender a Dios, al paraíso, al reino del cielo y el infierno; de cómo las criaturas entran allí y de la creación de este mundo; pero si no es así, entonces el velo cubre sus ojos como cubría los de Moisés. Por lo tanto dijo Cristo: “Busca y encontrarás, golpea y te abrirán”.

Si usted no es capaz de comprender esta frase, busque la humildad profunda del Corazón de Dios, y éste aportará una pequeña semilla del árbol del paraíso a su alma; y si tiene paciencia, un enorme árbol surgirá de esa semilla, como piensa usted que ha sucedido con el autor de este libro. Pues él debe ser entendido como una persona muy simple, en comparación con los hombres doctos; pero Cristo dijo: “Mi padre se perfecciona en la debilidad; sí, Padre, te ha complacido esconder estas cosas de los sabios y prudentes, y las has revelado a los niños”. La sabiduría de este mundo son más sabios en su generación que los hijos de la luz, su sabiduría es algo ciertamente corruptible mientras que esta sabiduría de que hablo continúa eternamente.

Busque esa noble perla; vale más que todo este mundo junto; y nunca se separará de usted. Donde está la perla, ahí también estará su corazón. No es necesario en esta vida que busque más el paraíso, la dicha y la delicia celestial; busque solo la perla y cuando la encuentre, habrá encontrado el paraíso y el reino del cielo.

He escudriñado muchas obras maestras de la literatura, esperando encontrar la alta y profunda sabiduría de Dios, la perla de la comprensión del hombre; pero no pude hallar nada de lo que anhelaba mi alma. Solo he hallado contradicciones y a veces me he encontrado con que me prohibían seguir buscando, ignoro por cuál razón; a no ser que fuese por el resentimiento que significa que otros vean o encuentren.

Por todo esto mi alma se ha agitado y se ha llenado de dolor y angustia, como mujer en trabajo de parto; y esto continuó en vano hasta que logré entender el sentido de las palabras de Cristo, cuando dijo: “Debéis nacer de nuevo, si queréis conocer el reino de Dios”. Esto al principio me confundió. Supuse que esto no podía ser realizado en este mundo, sino solo cuando se hubiese salido de él- Y entonces mi alma se angustió, codiciando la perla; pero, sometiéndose, pudo al fin obtener la joya. Por lo tanto escribiré para conmemorar esto y para dar una luz a los que buscan. Porque Cristo dijo: “Nadie prende una luz y la pone bajo un almud, sino sobre el candelero y alumbra a todos los que están en casa”. Con este fin, es que él da la perla de la divina sabiduría y conocimiento, a los que la buscan; con el objeto de que ellos la den para calmar el ansia de los buscadores, como ha recomendado encarecidamente.

Es efectivo que Moisés dice que Dios hizo al hombre del polvo de la tierra. Y esa es la opinión de muchos. Yo tampoco sabía cómo debía ser eso interpretado y por lo que Moisés dice tampoco lo habría aprendido, mucho menos con los comentarios que se hacen a esas palabras. El velo estaría sobre mis ojos todavía, aunque ello me perturbaba muchísimo. Pero cuando hallé la perla, entonces miré a Moisés cara a cara y percibí que él había escrito bien las cosas, pero no habíamos sabido entenderlas.

Ahora la cuestión es: ¿Cuál es la imagen de Dios? Contemplan y consideren a la Deidad, y entonces ustedes darán con ella. Dios no es un hombre animal; y el hombre debiera ser la imagen y semejanza de Dios, el lugar de residencia de Dios. Dios es espíritu; en él hay tres espíritus, esto es, las fuentes y poderes de la oscuridad, de la luz y de este mundo. Él tuvo que haber hecho una imagen que contuviera estos tres elementos, para que correctamente constituyera su semejanza. De modo que podemos entender que Moisés dice que: Dios creó al hombre pero no de un terrón. El poder formativo de donde lo arrancó es la matriz de la tierra, una quintaesencia de las estrellas y elementos, que procedía de la matriz celestial que es también la raíz de la tierra.

Ahora bien, el alma se establece en dos puertas y toca dos principios, la oscuridad eterna y la eterna luz del Hijo de Dios, como el Padre. Así puede estar en el cielo y en el paraíso, gozando de la inefable Dicha de Dios el Padre, que se recrea en su Hijo, y puede oír las inexpressables palabras del Corazón de Dios.

Allí el alma se nutre de todas las palabras de Dios, pues no se alimenta de otra cosa; y allí canta las canciones paradisíacas de alabanza a la exquisita fruta del paraíso que crece en la virtud divina y constituye el alimento del cuerpo celestial y eterno.

¿Y puede no ser esto la dicha y el regocijo? ¿Podría no ser cosa agradable, el comer pan celestial en compañía de miles de ángeles de todas clases y gozar de su comunión y fraternidad? ¿Puede existir algo superior a esto? Allí no hay temor, ni cólera ni muerte; y cada voz y cada palabra proclaman la salvación divina, su vigor, fuerza y

poderío, y eso por toda la eternidad. Ese es el lugar donde Pablo oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.

CAPITULO VII

Gracias sean dadas a Dios que me ha regenerado, por el agua y el Espíritu Santo, convirtiéndome en un ser viviente, de modo que puedo ver en su Luz los grandes vicios innatos que hay en mi envoltura carnal.

Así por ahora vivo en el espíritu de este mundo en mi carne, y mi carne sirve al espíritu de este mundo, pero mi mente sirve a Dios. Mi carne se genera en este mundo y está dirigida por la quintaesencia de las estrellas y elementos, que reside en ella y es amo y señor del cuerpo y la vida exterior; pero mi alma ha sido regenerada por Dios y ama a Dios. Y aunque no pueda todavía aprehender y retener la sabiduría divina, a causa de que mi mente recae en el pecado, de todos modos no podrá siempre el espíritu del mundo mantener cautiva mi mente.

Porque la Virgen, la divina Sabiduría, me ha dado su promesa de no dejarme en esta miseria; ella vendrá a ayudarme a través de su Hijo de Sabiduría. Debo asirme de él y él me llevará hacia ella en el paraíso. ME lanzaré a esa aventura y atravesaré cardos y espinas, como pueda para arribar a mi país original donde reside la Sabiduría. Confío en la promesa fiel que me hizo cuando se me apareció y me ofreció que cambiara todo mi tormento en una gran dicha. Cuando yo yacía en la montaña a medianoche, y todos los árboles se abatían sobre mí, y la tormenta y el viento soplaban sobre mí, y el Anticristo abría sus fauces para devorarme, ella vino, me confortó, y me acogió como hijo.

Por lo tanto estoy contento y no me importa; él tiene autoridad sobre este recinto transitorio de la carne; cuyo amo es él; puede llevárselo si quiere, que yo de todos modos adonde iré será a mi país original. Y así y todo el no es dueño absoluto de esa casa, no es sino el mono de Dios, porque como un mono realiza toda clase de trucos para divertirse y aparecer como la mejor y más astuta de las bestias, como lo es. Su poder pende del gran árbol de este mundo y una tormenta de viento puede hacerlo desaparecer.

Tú preguntarás: “¿En qué consiste la nueva regeneración? o ¿cómo se realiza en el hombre? Escucha atentamente, no cierres tu mente, no permitas que esté llena solo del espíritu de este mundo, con su pompa y poderío. Domina tu mente, haz que tu mente atraviese todo aquello y sométela al amable amor de Dios, hasta el serio, inquebrantable propósito de vencer los placeres del mundo y no preocuparte de ellos. Considera que tu verdadero lugar no es este mundo, que en él no eres sino un forastero encarcelado en una prisión; llama a gritos al que tiene la llave de esa prisión; sométete a él en obediencia, integridad, humildad, pureza y verdad. Y no corras tan afanosamente tras el reino de ese mundo, que ya él correrá detrás de ti sin que lo incites. Y entonces la Virgen pura, la Sabiduría de Dios, llegará a ti en lo alto y profundo de tu mente y te conducirá hacia aquél que tiene la llave de la pureza del abismo. Tú permanecerás delante de él y él te dará a comer del celestial maná que te aliviará y refrescará. Te harás fuerte y atravesarás la puerta del abismo como la

estrella de la mañana, y aunque estés cautivo acá en la noche, te aparecerán los rayos de la aurora en el paraíso, donde la Virgen pura reside, esperándote con la dicha de los ángeles, que te acogerán dichosos en tu recién nacida mente y espíritu. Y aunque continúes caminando acá, la noble Virgen te ayudará todavía en la noche oscura.

Mira bien, no cierres la mente y la comprensión; cuando tu mente te diga “Vuélvete”, sabes que has sido llamado por la Sabiduría de Dios; vuélvete instantáneamente, y fíjate dónde estás alojado, en qué clase de cárcel está tu espíritu aprisionado; busca tu país de origen, de donde salió tu alma y hacia dónde tiene que volver.

Y si sigues el consejo de la Sabiduría de Dios, lo hallarás en ti mismo, no después de esta vida, sino en esta misma vida, en tu regeneración, pues la sabiduría sabrá encontrarte. Y te darás cuenta de qué clase de espíritu ha escrito el autor de este libro.

CAPITULO VIII

Amado lector, te digo esto, que cada cosa tiene su impulso en su propia forma. Siempre hace aquella misma cosa con la cual el espíritu está impregnado y el cuerpo actúa laboriosamente en esa dirección en que se ha inflamado el espíritu. Cuando entro a considerar y pienso por qué escribo, así todas estas maravillas en vez de dejar que lo hagan otros ingenios más agudos que el mío, descubro que mi espíritu arde con todo esto que escribo; porque hay un fuego vivo que mueve estas cosas en mi espíritu y alrededor suyo, por más que yo me proponga otra cosa; sin embargo afloran permanentemente a la superficie y me sojuzgan, imponiéndoseme como una labor a la que soy incapaz de sustraerme. Por lo tanto viendo que mi trabajo está en la dirección en que mi espíritu me impulsa, lo realizará como un memorial, exactamente como fluye de mi espíritu y como lo capto. Y no podré escribir otra cosa sino aquello que yo mismo he experimentado y conocido, a riesgo de que mi Dios me considere un traidor.

Si hubiese alguno que tuviese el deseo de seguirme y quisiera tener acceso al conocimiento que poseo, le aconsejo acompañarme en este camino, no con la pluma en la mano sino con el trabajo de su mente; y pronto sabrá como esto ha sido escrito.

Teniendo en cuenta el tema del arrepentimiento, acredito al lector con toda seriedad que esta pluma que me fue dada estuvo a punto de ser quebrada por el Opressor. Por ello me trencé en lucha con él denodadamente, pero me habría derribado si no hubiese contado con la ayuda del Espíritu de Dios, y solo así he podido alzarme de nuevo.

Por lo tanto, si vamos a hablar de este tema tan importante, debemos ir de Jerusalén a Jericó, y ver como nos encontramos entre asesinos que de tal modo nos han herido y golpeado que nos han dejado medio muertos; y debemos buscar entre nosotros al Samaritano con su bestia, que vendará nuestras heridas y nos conducirá a la posada. Oh, qué penoso y lamentable es que, aunque estamos tan malheridos por el asesino que estamos casi muertos, sin embargo ya no sentimos el *escozor* de esas heridas.

Oh, si llegara el médico y asistiera nuestras heridas, para que nuestra alma pudiese renacer y vivir, ¡cómo nos regocijaríamos! Así se expresa nuestro deseo y está tan lleno de ansias.. y aunque el médico está aquí, la mente no logra tener la sabiduría de percibir su presencia, porque está tan herida, tan medio muerta...

Mi querida mente, tú supones que eres muy sana, pero estás tan golpeada que ya ni percibes tu enfermedad. ¿Ni siquiera notas que te acerca a la muerte? ¿Cómo puedes sentirte tan sana? Oh, querida Alma, no te jactes de tu salud. Tú yaces férreamente encadenada, sí, y en una muy tenebrosa celda; nada en aguas profundas que ya te llegan a la boca, y la única expectativa que parece tener es la muerte. Además, el Opressor, tu propia naturaleza corrupta, está detrás tuyo, en compañía de un montón de tus peores enemigos, y se empuja con sus cadenas irremisiblemente hacia el

espantoso abismo del infierno; y sus secuaces te asaltan desde todos los ángulos, corriendo detrás de ti, como sabuesos detrás de su presa.

Y la Razón se pregunta: “¿Por qué todo eso? Oh, querida Alma, ellos tienen grandes motivos para eso; tú has sido su presa y te les has escapado además te has revelado tan fuerte que les has echado abajo los muros de sus dominios y te has apoderado de su morada. Eres su peor enemigo y ellos de ti; si tú hubieses solamente huido de ellos, estarían contentos, pero todavía está dentro de su propio recinto, lo cual hace que la lucha no haya terminado ni termine hasta que el Arcano de los Días venga, y te separe.

Debes suponer que estoy loco para escribir así. Si no lo viera y supiera me mantendría silencioso. ¿Sigues pensando que estás en el jardín de rosas? Si piensas que estás ahí, fíjate bien si no estás en la pradera del Diablo y eres su pieza favorita y te mantiene en engorde hasta que llegue el día en que te sacrifique para su fiesta.

Oh, Alma querida, vuélvete, y no permitas que el Diablo te aprisione; no hagas caso del sarcasmo del mundo; todas tus penurias se transformarían en gozo. Y aunque en este mundo no te acordarán ningún gran honor, poder ni riquezas, eso no tiene ninguna importancia; tú no sabes si mañana te toca morir. ¿Por qué persigues entonces con tal tenacidad los honores mundanos que son transitorios? Mas vale que te esfuerces tras el árbol del paraíso, que puedes llevar contigo y en el cual te regocijarás eternamente por su crecimiento y sus frutos.

¡Oh! ¿No es una bendición cuando el alma se atreve a mirar dentro de la Santa Trinidad, de la cual está plena, de tal modo que sus poderes crecen y florecen en el paraíso, entre canciones de alabanza; donde la fruta madura perennemente de acuerdo con tus deseos; donde no hay amor, envidia, ni penurias; donde hay mutuo amor, donde cada cual se regocija y deleita en la forma y belleza del otro?

Bienamada Mente, si deseas todo esto y quieres obtenerlo, debes proceder muy seriamente; no puede ser solo palabrería mientras el corazón está ausente. No; así no se obtiene. Debes recoger tu mente con todos tus propósitos y razones, en una sola voluntad y resolución y deseo de abandonar todas las abominaciones, centrando tus pensamientos en Dios y su bondad, con absoluta confianza en su misericordia. Entonces llegarás a tu meta.

Debes continuar imperturbable en este propósito y resolución; y aunque no ganes fuerza en tu corazón, y aunque el Diablo castigue tu lengua de modo que te impida rogar a Dios, no debes cejar en tu empeño y seguir delante en tu pensamiento y propósito. Cuanto más te esfuerces hacia adelante, más débil será la acometida del Diablo; cuando más te apartes del Diablo y tus pecados, más fuerza adquiere el reino de Dios dentro de ti. Ten la precaución de no apartarte de este propósito hasta que hayas recibido la joya, la perla de la divina sabiduría y conocimiento aunque no se te entregue de la mañana a la noche, y día tras día, si tu seriedad es grande, tu joya será grande en proporción a tu victoria.

Nadie sabe lo que aquello es, sino los que han pasado la experiencia. Es el más precioso de los huéspedes; cuando entra en el alma eso significa un gran triunfo. El novio abraza a su bienamada, y resuena el aleluya del paraíso. Oh, ¿No debiera el cuerpo terrenal temblar y conmocionarse? Y aunque ignora lo que pasa todos sus miembros se regocijan. ¡Qué bella ciencia trae consigo la Virgen de la Divina Sabiduría! Ella hace doctores ciertamente; y aunque uno fuera mudo, de tal modo está el alma deslumbrada con las maravillas de Dios, que tiene que describir esas maravillas; en el alma no queda nada mas que el deseo de hacerlo, y el Diablo debe retirarse, agotado y exhausto.

Así se siembra la semilla del paraíso. Pero observa bien; no se transforma automáticamente en un árbol. ¡Cuántos tormentos debe el alma soportar y resistir! Cuán a menudo es abrumada por los pecados. Porque todo en el mundo conspira contra ella, y es como si la abandonaran en soledad; hasta los hijos de Dios la asaltan; y el Diablo hostiga a la pobre alma tratando de desviarla, ya sea usando halagos para que se adule a sí misma o recargándola de pecados. Nunca cesa, y hay que volver a la carga porque es así como hacemos crecer el árbol del paraíso; como el trigo crece azotado por vientos tempestuosos. Si crece vigorosamente y florece, gozarás su fruto y comprenderás mejor qué es lo que he escrito y qué me llevó a escribirlo. Porque pasé un largo periodo en esta situación, y muchas tormentas soplaron sobre mi cabeza. Por lo tanto esto quedará como una eterna conmemoración y continuo recuerdo para mí.

“Por lo demás, dice la Razón, no veo en ti, tú en ninguno de los que son como tú, nada distinto a los otros pobres pecadores; y tentada estoy de pensar que se trata sólo de hipócritas pretensiones; además -continúa la Razón- yo también he entrado por ese camino y sin embargo permanezco perversa y haciendo lo que no quisiera hacer, todavía me dejo llevar por la codicia la cólera y la malicia. ¿Cómo es esto que un hombre no puede hacer lo que se propone, pero que hace lo que él mismo censura en los demás y lo que sabe que no está bien?” Este que así habla no sabe lo que es el árbol del paraíso. Observa amada Razón, que este árbol no se siembra en el hombre exterior, porque éste no es digno, porque éste pertenece a la tierra; y la pobre alma a menudo es empujada a cometer pecados en que no quería consentir, arrastrada por el cuerpo a lo que no quiere hacer. Cuando esto sucede así, no es el alma la que lo efectúa. El alma dice “Esto no está bien” pero el cuerpo alega “Tenemos que vivir”. Y así, una y otra vez. Y si un verdadero cristiano no se conoce a sí mismo, ¿cómo lo podrán conocer los demás? Además el Diablo puede ocultarlo lo suficiente para que pase desapercibido; ésta es su obra maestra, atraer a un cristiano hacia la maldad, hacerle pecar, sin que siquiera sepa que lo está haciendo, y repare en las faltas de los demás sin fijarse en lo que él está haciendo exteriormente.

Yo no digo que el pecado en el hombre viejo no dañe; aunque no puede desquiciar al hombre nuevo, lo escandaliza. Debemos con nuestro hombre nuevo vivir en Dios y servirle, aunque no sea posible ser perfectos en este mundo, debemos continuar

adelante y mantenernos en la línea; el nuevo hombre está en un campo donde el suelo es frío, amargo, agrio y carente de vida.

CAPITULO IX

Tú, Sofista, sé que me acusarás de orgullo porque yo he podido ver tan hondo en el abismo. Pero se dice que vosotros miráis solo hacia la sabiduría de este mundo. A mí eso no me importa para nada, ni la estimo. No me proporciona gozo alguno. Yo me regocijo con esto, que hace que mi alma se mueva entre maravillas para alabar a Dios, haciéndome conocer sus soberbias obras en las cuales se deleita mi alma.

Y ¿podría permanecer en silencio, luego de haberlas conocido? No he nacido para esto, como todas las criaturas, para que entreabra las maravillas de Dios? Por lo tanto lo que hago es realizar mi trabajo, así como otros realizan el suyo, y tú, orgulloso Sofista, el que consideras tuyo.

Todos pertenecemos al campo de Dios y crecemos para gloria de Dios y de sus obras de maravilla, tanto los perversos como los virtuosos.

Pero cada fruto crece a su manera; cuando el segador lo corte será apartado hacia el granero que le corresponde a cada cual lo suyo.

Entonces el campo en su naturaleza, de la cual cada uno ha crecido, se hará manifiesto; hay dos centros en la eternidad, el amor y la ira, y cada uno de estos centros produce su propia cosecha.

Por lo tanto, considera, oh hombre, lo que condenas; para no caer sobre la espada del Espíritu de Dios, y que tu trabajo sea consumido por el fuego de la ira.

Tú, Sofista, corres a sabiendas hacia el Diablo, por tu propio provecho, por tu transitoria voluptuosidad y honor y no ves la puerta abierta que te muestra el Espíritu. Si no lo haces, es como ha sido dicho: “Os tocamos flauta y no bailasteis”. Les habemos llamado, pero no habéis venido a nosotros; he estado hambriento pero no me habéis alimentado; no habéis crecido en mi jardín de rosas, por lo tanto no sois mi alimento; vuestro corazón no ha cantado mis alabanzas, de modo que no sois mi alimento. Y el novio pasará de largo; entonces pasará el otro y recogerá lo que encuentra para su granero.

Oh, queridos niños, si ustedes comprendieran esto, ¡cómo pisotearán los argumentos de los Sofistas! Mucho de lo que allí hay, aquí será mostrado a ustedes hasta donde sea posible; que ninguno se ciegue voluntariamente ni se sienta ofendido por la simplicidad de estas frases.

Si vamos a entrar en el reino del cielo debemos ser como niños, y no astutos y expertos en el conocimiento de este mundo; debemos abandonar nuestra razón terrenal y rendir obediencia a nuestra primitiva y eterna Madre. Así recibiremos el Espíritu y vida de nuestra Madre, y entonces conoceremos también su morada.

No hay ingenio nuestro que nos obtenga la corona del misterio de Dios. En realidad ello está revelado en los libros de los Santos, pero el espíritu de este mundo no es capaz de aprehenderlo. No hay Doctores que, por mucho que hayan estudiado, tengan ninguna habilidad en su propio ingenio que los capacite para obtener la corona de los escondidos misterios de Dios.

Nadie puede ser propio poder aprehender nada de las profundidades de Dios y enseñarlo a otro; todos son niños y escolares en el ABC. Aunque yo escribo y hablo de cosas altas, la comprensión de ellas no es mía; el espíritu de la Madre habla por boca de sus hijos lo que desea; se revela de muchas maneras, y en cada uno de distinta forma porque su inagotable sabiduría es un abismo sin fondo, y vosotros no deberíais maravillaros de que los hijos de Dios no tengan todos una misma forma de hablar y un mismo estilo, porque cada uno habla desde la sabiduría de la eterna Madre-Naturaleza cuya diversidad es infinita.

Pero la meta es el Corazón de Dios; todos ellos corren hacia allá y ahí está la prueba que os permitirá saber si el espíritu de un hombre habla desde Dios o desde el Diablo.

Por esto sabemos que somos los hijos de Dios y habemos sido generados por Dios. Dios es el Ser de los seres, y nosotros somos como dioses en él, a través de quienes él se revela.

Por lo tanto yo extiendo ante ustedes el fundamento de los cielos, las estrellas y los elementos, para que vean lo que es celestial y lo que es terrenal, lo que es transitorio y mortal, y lo que es eterno y perdurable. Para eso me he propuesto escribir; no para jactarme de altos conocimientos sino de mi amor por Cristo, como un simple servidor y ministro de Cristo.

Porque el Señor tiene en sus manos tanto el querer como el hacer; yo soy incapaz de hacer nada; además mi razón terrenal no comprende nada; yo me entrego al seno de nuestra Madre y hago lo que la Madre me señala; no sé a través de nadie más, no he nacido con conocimiento de la sabiduría de este mundo ni lo entiendo; pero lo que me ha sido transmitido, yo a mi vez lo transmití a otros. No tengo otro propósito ni sé con qué fin yo debo escribir estas altas cosas; lo que el Espíritu me muestra, eso pongo por escrito.

Así trabajo yo en mi viña, en la cual me ha colocado el Amo de la casa; y espero comer yo también de esas dulces uvas, que en realidad muy a menudo he recibido del paraíso de Dios. Y hablaré para uso de muchos, y sin embargo creo que lo escribo sólo para mí; esta ardiente compulsión que me hace escribir, determina que yo lo haga como si fuese yo quien habla para muchos; y sin embargo yo no sé nada de esto mientras escribo.

Por lo tanto si esto fuere leído, que nadie piense que corresponde a un trabajo de la razón exterior; porque procede del hombre interior y escondido, de acuerdo con el cual esta mano lo ha escrito sin injerencia de persona alguna.

Exhorto al lector a que entre dentro de sí mismo y se observe a sí mismo en el hombre interior; éste me dará la bienvenida. Esto lo digo fiel y seriamente.

Cuando estamos bien asentados en este conocimiento podemos fácilmente percibir que hemos sido encerrados y conducidos como si tuviésemos los ojos vendados. Los sabios de este mundo nos han cercado y encerrado en su arte y razón y nos han hecho percibir con sus ojos Y este espíritu que por tanto tiempo nos ha mantenido cautivos puede en rigor de verdad, ser llamado Anticristo, no hallo otro nombre en la luz de la naturaleza para designarle sino Anticristo en Babel.

CAPITULO X

La ley de Dios y también el camino hacia la vida está escrito en nuestros corazones. No consiste en suposiciones del hombre, ni en ninguna opinión histórica sino en una buena voluntad y en el bien hacer.

La voluntad nos conduce hacia Dios o hacia el Diablo Y no te sirve de nada que lleves el nombre de cristiano; la salvación no reside en eso.

Un pagano o un turco está tan cerca de Dios como tú que estás bajo el nombre de cristiano; si tú, en tus actos, manifiestas una voluntad falsa y falta de santidad, estás tan desprovisto de Dios como el pagano que no siente el deseo ni la voluntad de buscarle. Y si un turco busca a Dios con fervor, aunque camine a ciegas, él permanece a aquellos que son niños sin comprensión y se esfuerza hacia Dios con los niños que no saben todavía de qué hablan; porque éste no reside en el saber sino en la voluntad

Todos nosotros somos ciegos en lo que se refiere a Dios. Pero ponemos nuestra decidida voluntad en él y en el bien, y le deseamos, entonces le recibimos en nuestra voluntad, y nacemos en él a través de nuestra voluntad.

Te jactas de tu vocación de cristiano. Entonces permite que tu conversación lo sea, o si no eres un pagano en la voluntad y por tus hechos. Aquel que conoce la voluntad de su Maestro y no la realiza debiera recibir muchos azotes.

¿No sabes lo que dijo Cristo referente a los dos hijos? Cuando el padre dijo a uno de ellos “Anda y haz tal cosa” éste dijo que lo haría y el otro dijo “no”. El primero se va y no hace nada, pero el otro, el que dijo “No”, fue sin embargo y lo hizo, realizando la voluntad de su padre. El que estaba considerado obediente fue el que no hizo lo que le pedían.

Y nosotros somos de tal clase, los unos y los otros, llevamos el nombre de Cristo y nos llamamos cristianos, y estamos dentro de su alianza. Hemos dicho: “SÍ; LO HAREMOS” pero los que no lo hacen son servidores infieles y viven sin atender a la voluntad del Padre.

Pero si los turcos y también los judíos, hacen la voluntad del Padre, al mismo tiempo que dicen a Cristo “No” y no lo disciernen; ¿quién es ahora el juez calificado para expulsarlos de la voluntad del Padre? ¿No es el Hijo, el Corazón del Padre? Si ellos honran al Padre, ellos también llegan al Corazón, porque más allá de su Corazón, no hay Dios.

¿Estás suponiendo que yo les estimulo en su ceguera y que soy partidario de que sigan como están? No. Te muestro tu ceguera, ¡oh tú que llevas el nombre de Cristo!

Tú juzgas a los otros y sin embargo haces las mismas cosas que juzgas en ellos y así atraes sobre tu cabeza el juicio de Dios.

Aquel que dijo: “Ama a tu enemigo, haz el bien a los que te persiguen”, no te enseña ciertamente a condenar y despreciar, sino que te enseña el camino de la mansedumbre: vosotros debéis ser una luz para el mundo, de modo que los incrédulos puedan ver en vosotros a hijos de Dios.

Si nos consideramos de acuerdo con el verdadero hombre, que es una semejanza e imagen de Dios, entonces descubriremos que Dios está en nosotros, pero que nosotros estamos sin Dios. Y el único remedio consiste en esto, en volver a entrar dentro de nosotros, y así entraremos dentro de Dios en nuestro hombre interior. Si inclinamos nuestras voluntades en autentica unilateralidad de mente hacia Dios, entonces, con Dios, nos apartamos de este mundo, de las estrellas y elementos y entramos en Dios; porque en la voluntad de la razón terrenal somos hijos de las estrellas y de los elementos, y el espíritu de este mundo reina sobre nosotros.

Pero si nos evadimos de la voluntad de este mundo y entramos en Dios, entonces el espíritu de Dios nos gobierna y nos establece como sus hijos. Y entonces la guirnalda del paraíso es colocada en el alma, y se convierte en un niño sin comprensión de este mundo. Ha perdido el gobernador de este mundo, que una vez la dirigió y lo llevó hacia la razón terrenal.

¡Oh, hombre! Ten en cuenta quién te conduce y maneja, porque la eternidad sin fin es muy larga. Los hombres temporales y los bienes materiales no son sino escoria a la vista de Dios; todo ello cae en la tumba contigo y se vuelve nada; pero entrar en la voluntad de Dios es una riqueza eterna y un honor; y allí ya no tienes que preocuparte de nada, pues la Madre cuida de nosotros y en su seno vivimos como niños.

Tus honores temporales son tu trampa y tu miseria; en la esperanza divina y en la confianza consiste tu jardín de rosas.

¿Sigues pensando que hablo de lo que he oído? No, hablo de experiencias vividas por mí; no de opiniones oídas de boca de otro, sino de mi propio conocimiento. Veo con mis propios ojos, de lo cual no estoy jactándome, porque el poder es de la Madre. Te exhorto a entrar en el seno de la Madre, y a que veas con tus propios ojos: por todo el tiempo que toleres que te mezan en una cama y desees los ojos de los otros, eres ciego. Pero si te alzas de la cuna y vas hacia la Madre, entonces tú discernirás la Madre y su hijo.

Oh, ¡qué bueno es ver con los propios ojos! Estamos todos dormidos en el hombre exterior, yacemos en la cuna y permitimos que la razón exterior nos acune hasta dormirnos. Vemos con los ojos del disimulo de nuestros actores, quienes nos cuelgan cascabeles y chucherías cerca de nuestros oídos y de nuestras cunas, para que nos adormezcamos arrullados por ese sonido o jugando con esas chucherías, y así hacerse dueños y señores de nuestra casa

Levántate de la cuna: ¿no eres acaso un hijo de la Madre, y por lo tanto un hijo y señor de la casa y heredero de los bienes? ¿Por qué permites que los sirvientes te utilicen? Cristo dijo: “Yo soy la Luz del Mundo, y el que me siga tendrá la luz de la vida eterna”. El no nos encamina hacia los actores sino hacia sí mismo. Con los ojos interiores debemos ver en su luz: y así le veremos porque él es la Luz; y cuando le vemos, caminamos en la luz. Él es la Estrella de la Mañana y se genera y se alza en nosotros, y resplandece en nuestra oscuridad corporal.

Oh, qué gran triunfo hay en el alma cuando él se alza. Entonces el hombre ve con sus propios ojos, y se da cuenta que está en un alojamiento extraño a él, respecto al cual escribo aquí lo que veo y conozco en la luz.

Te declaro que el Ser eterno, y también este mundo, es como el hombre. La Eternidad no hace nacer nada sino aquello que es similar a ella; así como hallas que es el hombre, así es la eternidad. Considera al hombre en cuerpo y alma, en bien y mal, en alegría y tristeza, en luz y tinieblas, en poder y en debilidad, en la vida y en la muerte: todo esto está en el hombre, y también los cielos y la tierra, las estrellas y los elementos, y por supuesto también el Dios triple.

¡Oh, hombre! Búscate a ti mismo y te encontraría. Abre los ojos de tu hombre interior y aprende a ver correctamente.

Esta es la noble piedra preciosa, la piedra filosofal, que los sabios encuentran. Oh, tú, brillante corona de perlas, ¿no eres más resplandeciente que el sol? No hay nada como tú; estás tan manifiesta y sin embargo tan escondida, que entre miles en este mundo, apenas si hay quien debidamente te conoce. _Y eres llevada por muchos que no te conocen.

Cristo dijo “Busca y encontrarás”. La noble piedra debe ser buscada; un hombre perezoso no la encuentra; aunque la lleva consigo, no lo sabe. Pero a quien ella se revela, se llena de dicha, porque su virtud es inagotable. El que la tiene no la cede; si la da a otros no le aprovecha a aquel que es perezoso y no se sumerge en su virtud para aprender eso.

El buscador encuentra la piedra y asimismo su virtud y beneficio. Cuando la encuentra, y tiene la certeza de poseerla, hay en él más gozo del que el mundo es capaz de contener; ninguna pluma puede expresarlo a la manera habitual.

En el criterio del mundo es considerada la piedra más insignificante y suele ser pisoteada. Si un hombre da con ella por casualidad, la descarta por inservible. Nadie repara en ella, aunque no hay nadie en el mundo que no la desee. Los grandes del mundo y los sabios la buscan. Y a veces encuentran una y piensan que es la auténtica piedra; pero se equivocan. Le adjudican poder y virtud, y piensan que la han encontrado por fin y que la mantendrán. Pero la verdadera piedra no es así: no necesita que le adjudiquen ninguna virtud, pues todas las virtudes yacen en su

interior. El que la tiene, y sabe que la tiene, si busca, puede encontrar todas las cosas imaginables del cielo y de la tierra. Es la piedra que es rechazada por los constructores, la principal piedra angular.

Oh, Sofistas, que por pura envidia a veces acostumbráis hacer mofa de los corazones honestos para vuestro propio placer, ¿cómo vais a permanecer junto a esas ovejas a quienes debierais haber conducido a los verdes y frescos pastos del sendero de Cristo, en el amor, la pureza y la humildad?

No digo esto por el deseo de reprochar a ningún hombre; hago visible únicamente el humeante foso del Diablo para que pueda verse lo que hay en el hombre, tanto en uno como en otro, a no ser que nazca de nuevo y se haga resistente al espíritu del Diablo y lo expulse de sí.

Hay otro Diablo, más entero y astuto que éste, un resplandeciente ángel que tiene el pie hendido. Él, cuando halla una pobre alma atemorizada, y deseando arrepentirse y enmendarse, le recomienda: Ora y sé devota; arrepíentete de una vez". Pero cuando la pobre alma se pone a rezar, se desliza dentro de su corazón y le extrae la comprensión del corazón, dejándole en su lugar puras dudas, como si Dios no le oyese.

Así el corazón se queda repitiendo una y otra vez las palabras de la plegaria, como si estuviera memorizando un libro, y el alma es incapaz de alcanzar el centro de la naturaleza; tiene solo palabras ensayadas, no en el espíritu de un alma en su centro donde se inflama el fuego, sino solo en la boca, en el espíritu de este mundo. Sus palabras se desvanecen en el aire, como cuando se toma el nombre de Dios en vano.

La plegaria debe hacerse con todo fervor; porque orar es visitar a Dios, suplicarle y hablarle, saliendo de la casa del pecado para entrar en la de Dios Si el Diablo quiere impedir algo, toma tú por asalto al infierno. Arremete contra él como él lo hace contigo, y piensa que así podrás comprender que es lo que te estoy diciendo. Si él se opone con gran fuerza, opónete tú con todas las tuyas, que, en Cristo, tendrás mayor poder que él.

Fija tu confianza y esperanza en la promesa de Cristo, y deja que la muerte de Cristo, sus heridas y su sufrimiento como también su amor, constituyen la fuerza de tu acometida. No disputes más por tus pecados, porque el Diablo te envolverá con sus argucias haciéndote desesperar. Si dudas de la gracia de Dios, pecas grandemente, porque él es siempre misericordioso. El no puede ser de otro modo; sus brazos están siempre extendidos, día y noche, hacia el pobre pecador.

Elabora bien todos estos conceptos y rápidamente verás y sentirás aparecer otro hombre con otro sentido, y pensamientos y comprensión. Hablo de lo que sé y he descubierto por experiencia; un soldado entiende de la guerra. Esto lo escribo por amor, como un que dice en su espíritu como le han pasado las cosas a él, para que

sirva de ejemplo a otros; para ver si alguno lo quiere seguir y descubra por sí mismo que ha dicho la verdad.

CAPITULO XI

Dios ha puesto la luz y las tinieblas delante de cada uno; tú puedes abrazar la que prefieras, pero no por ellos mueves a Dios en su Ser. Su Espíritu sale de él y va hacia todos los que le buscan. La búsqueda de ellos es su búsqueda, aquélla en la cual desea a la humanidad; porque la humanidad es su imagen, la cual ha sido creada en todo de acuerdo a su Ser, donde él verá y se conocerá a sí mismo. Sí. Él reside en el hombre, ¿por qué entonces es que nosotros, los hombres, tardamos tanto en buscarle? Esforcémonos por conocernos a nosotros mismos y cuando nos encontremos, encontraremos todo; no necesitamos correr a buscar a Dios, porque así no le hacemos ningún servicio; si nosotros nos buscamos y amamos mutuamente, entonces amamos a Dios; lo que nos hacemos unos a otros, es a Dios a quien estamos haciéndolo; el que busca y encuentra a su hermano y hermana ha buscado y encontrado a Dios. En él somos todos un solo cuerpo de muchos miembros, cada uno con su oficio, gobierno, y trabajo, y esa es la maravilla de Dios.

Antes que se creara el mundo él nos conocía ya en su sabiduría, y él nos creó para recrearse. Los niños son nuestros maestros; con todo nuestro ingenio y astucia somos solo unos estúpidos para ellos; su primera lección consiste en aprender a jugar con ellos mismos, y cuando crecen, entonces juegan unos con otros. Así, desde la eternidad, en su sabiduría, él ha jugado con nosotros, en nuestra niñez oculta; cuando él nos creó en conocimiento y destreza, debíamos haber jugado unos con otros; pero el Diablo nos escatimó eso nos hizo querellarnos en nuestro juego. Por lo tanto, a eso se debe que estamos siempre de punta, en disputa; pero el asunto es que no tenemos ninguna necesidad de estar disputando como no sea la propia diversión; cuando aquello termina, nos acostamos a descansar y regresamos a nuestro propio lugar. Entonces vienen otros a jugar y luchar y disputar, también hasta el atardecer, cuando se van a dormir a su propio país del cual han salido.

¿Queridos niños, qué queremos significar con ser tan obedientes del Diablo? ¿Por qué discutimos tanto acerca de un tabernáculo que no hemos construido? Ahora nos peleamos por un vestido, porque nuestro hermano tiene un vestido más hermoso que el nuestro, ¿pero no somos todos hijos de nuestra Madre? Seamos niños obedientes, y regocijémonos.

Vamos al jardín de las rosas, y allí hay lirios y flores suficientes, haremos una guirnalda para nuestra hermana y entonces ella se alegrará con nosotros; haremos una ronda y bailaremos todos juntos de la mano. Seamos dichosos; no hay poder que pueda dañarnos, nuestra Madre cuida de nosotros. Iremos bajo la higuera. ¡Qué abundancia de frutos! ¡Qué hermosos son los cedros del Líbano! Estemos contentos y regocijémonos para que nuestra Madre pueda estar dichosa con nosotros.

Cantemos una canción sobre el Opressor que nos hace disputar. ¡Cómo le aprisionamos! ¿Dónde está su poder? ¡Qué pobre es! Él nos dominaba, pero ahora está bien atado. ¡Oh, gran Poder, cómo estás ahora, que causas desprecio! Tú que te

remontabas sobre los cedros, ahora yaces derribado a nuestros pies y careces de poder. Regocíjense los cielos y los hijos de Dios; porque aquel que era nuestro opresor; que era nuestra plaga día y noche, ahora está cautivo. Regocíjense, ángeles del Señor, porque los hombres están libres, y la malicia y la maldad están de baja.

Queridos niños y hermanos en Cristo, juntemos en este mundo nuestros corazones, mentes y voluntades en un solo amor, para que podamos ser uno en Cristo. Si has progresado mucho hacia el poder, la autoridad y el honor, entonces sé humilde, no desprecies a los simples y miserables no abuses de los oprimidos, no causes dolor a los afligidos. Si eres bello, si tu físico es gentil y hermoso, no seas orgulloso; sé humilde para que tu hermano y hermana puedan regocijarse en ti, y presenten tu belleza como alabanza a Dios.

Tú, que eres rico, deja que lo tuyo fluya como una corriente hacia la casa de los miserables, para que sus almas se bendigan.

Queridos hermanos y hermanas en la congregación de Cristo, tengan paciencia conmigo; regocijémonos un poquito unos con otros. Tengo un cordial amor por ustedes y les hablo a nombre del Espíritu de la Eterna Sabiduría de Dios.

Cristo insistentemente nos enseña amor, humildad y misericordia; y la causa por la que se hace hombre es nuestra salvación y felicidad, para que no repudiamos su amor; Dios ha agotado su corazón para que seamos sus hijos y permanezcamos así para siempre. Por lo tanto, niños bienamados, no rechacen y arranquen de sí el amor y la gracia de Dios, a riesgo de que lo lamenten para siempre. Aprendan divina sabiduría, y traten de entender lo que Dios es; no coloquéis imágenes delante vuestro; no hay ninguna imagen de él, excepto en Cristo. Vivimos y somos en Dios; tenemos al cielo y al infierno dentro de nosotros. Lo que hagamos de nosotros, eso somos: si hacemos de nosotros un ángel que vive en la Luz y en el Amor de Dios en Cristo, somos así; pero si hacemos de nosotros un arrogante; falso y fiero demonio que desprecia todo amor y mansedumbre por la codicia, hambre y sed de avidez, entonces eso es lo que somos. Después de esta vida, las cosas son de otra manera en lo que a nosotros respecta; lo que aquí abraza nuestra alma, allá lo tiene, y así aunque lo exterior se destruye en la muerte, la voluntad retiene lo que perseguía como propio y se alimenta de ello. El modo en que ese subsistirá en el paraíso de Dios y delante de sus ángeles, vosotros mismos tenéis que considerarlo: me limito a poner este aviso delante de vosotros, como me ha sido dado a mí

CAPITULO XII

Cuando Cristo preguntó a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?”, ellos contestaron: “Algunos dicen que eres Elías, otros que eres Juan Bautista”. Entonces él les preguntó: “Y ustedes quién dice que soy?” Pedro contestó: “Tú eres Cristo, el Hijo del Dios Viviente”. Y él les contestó, diciendo: “Eso no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”.

Teniendo en cuenta que el salir de la razón terrenal para entrar en la encarnación de Cristo es un trabajo que debe ser familiar, íntimo y natural a los hijos de Dios y en el cual deben ejercitarse diariamente y a cada rato, para así en esta vida miserable nacer a Cristo, he tomado la responsabilidad de escribir sobre este alto misterio, de acuerdo con mi conocimiento y con mis dones, como un memorial. En vista de que yo también, junto con otros hijos de Dios y Cristo, permanecemos en este nacimiento, lo he tomado como un ejercicio de fe, por medio del cual mi alma pueda, como una rama del árbol de Jesucristo, vivificante con su savia y vigor.

Y esto no con la sabia y alta elocuencia del arte, o de la razón de este mundo, sino acorde al conocimiento que tengo de Cristo. Pero aunque busco sublime y profundamente y trataré de escribirlo muy claramente, debo decirle al lector que sin el Espíritu de Dios, esto será para él un oculto misterio.

Debemos entender lo de la encarnación de Cristo, el Hijo de Dios, así; él no se hizo hombre en la Virgen María solamente, de modo que su divinidad no está limitada a aquello. No, es de otra manera.

Así como Dios, que es la plenitud de todas las cosas, no puede morar en un solo lugar, tampoco podría decirse que Dios se ha manifestado a sí mismo por una sola chispa de su luz.

Dios es inconmensurable; para él no se encuentra lugar en la naturaleza a no ser que se haga un lugar él mismo en una criatura; y sin embargo de estar el totalmente dentro de esa criatura, también está fuera y más allá de ella. El no es divisible, sino que se halla totalmente por doquier; donde se manifiesta allí él está totalmente manifestado.

Compréndanlo claramente; Dios ha deseado hacerse carne y sangre; y aunque la pura y clara Deidad continúa siendo Espíritu, se ha convertido en el Espíritu y Vida de la carne y opera en la carne. Así podemos decir que cuando nosotros con nuestra imaginación entramos en Dios; nos entregamos totalmente a él, nos hacemos carne y sangre de Dios y vivimos en Dios. Por que el Verbo se ha hecho carne y Dios es el Verbo.

Así no estamos negando la criatura de Dios, el hecho de que haya sido una criatura. Les daré aquí una similitud con el sol y su brillo, y compréndanlo así: en esta similitud

comparamos al sol con la criatura de Cristo, la cual es efectivamente un cuerpo, pero haremos similar a todo el abismo de este mundo el eterno Verbo del Padre.

Podemos perfectamente percibir que el sol resplandecer en todo el abismo y le comunica calor y poder. Pero no podemos decir que en el abismo, más allá del cuerpo del sol no subsista también el poder del sol; si eso no estuviera allí entonces el obispo no recibiría el poder y el brillo del sol. Un poder y un brillo recibe al otro; el abismo con su brillo está escondido.

Si Dios lo quisiera, todo el abismo entero podría ser un sol; entonces el brillo del sol resplandecería por todas partes.

Sepan también que entiendo que el Corazón de Dios ha descansado por la eternidad, pero que con el movimiento y su entrada en la Sabiduría se hace manifiesto en todas partes, aunque en Dios no hay lugar ni seña, sino solo en la criatura de Cristo; donde toda la Santa Trinidad se ha manifestado en una criatura, y así por intermedio de ella al cielo entero.

El se ha encaminado hacia ese fin y ha preparado un lugar para nosotros, donde podamos ver su luz y residir en su sabiduría y compartir su divina sustancia.

¿No fuimos acaso hechos desde un principio de la sustancia de Dios? ¿Por qué no podemos nosotros también morar allí dentro?

Para eso el Corazón de Dios se ha movido, ha destruido a la muerte y regenerado la Vida.

Así ahora para nosotros el nacimiento y encarnación de Cristo es un asunto dichoso y trascendente. El abisal Corazón de Dios se ha movido, y de este modo la sustancia celestial, que estaba encerrada en la muerte, ha adquirido vida de nuevo.

Así podemos decir ahora con fundamento que Dios mismo ha resistido su cólera, y con el centro de su Corazón que ha llenado la eternidad, se ha abierto a sí mismo de nuevo, extrayendo el poder de la muerte; y quebrando el aguijón de la fiera ira, en la medida en que el amor se ha abierto a sí mismo y anulado el poder del fuego.

En nuestra imaginación nos impregnamos de su abierto Verbo y del poder de su celestial y divina sustancia, la cual en realidad no nos es extraña, aunque lo parezca así a nuestra envoltura carnal.

El Verbo se ha abierto a sí mismo por todas partes, en la luz de la vida de cada hombre; y lo que se necesita es solamente esto, que el alma-espíritu practique renunciamiento en pro de aquello. En esa alma-espíritu nace Dios.

CAPITULO XIII

La razón exterior dice “¿Cómo puede un hombre en este mundo ver en el profundo de Dios, en lo profundo de otro mundo, y declarar qué es Dios? Eso no puede ser; debe tratarse sin dada de una pura fantasía con la cual el hombre se divierte y engaña a sí mismo”.

Hasta allí puede llegar la razón; no puede buscar más lejos para poder descansar; y si yo perteneciera al mismo arte, diría lo mismo, porque el que no ve nada dice que allí no hay nada; él conoce solo lo que ve y no conoce nada que este más allá de sus narices.

Yo le preguntaría al hombre enteramente terrenal y despreciativo, si el cielo está ciego, como asimismo el infierno y Dios mismo.

O si el mundo divino tiene la capacidad de ver: y si también el Espíritu de Dios ve tanto en el mundo de amor de la luz, como en el mundo de la ira, en la fiera cólera.

¿Dice él que existe la capacidad de ver allí dentro? Eso es muy cierto, entonces él debiera cuidar de no estar tan a menudo mirando con los ojos del Diablo, en su deliberada malicia.

Si él quisiera expulsar al Diablo, podría darse cuenta de la estupidez hacia la cual el Diablo le ha conducido. Pero está tan ciego que no percibe que ve a través de los ojos del Diablo.

De la misma manera, el santo ve con los ojos de Dios, lo que Dios se propone, eso es lo que el Espíritu de Dios en el nuevo nacimiento ve, a través de esos ojos humanos de la imagen de Dios. Para el sabio, es ver y hacer.

En el sendero, a través de la muerte de Cristo, el nuevo hombre ve en la profundidad del mundo angélico, es mucho más fácil y claro de aprehender para él que el mundo terrenal y lo hace naturalmente, no con los ojos de la fantasía sino mirando con sus propios ojos, con los ojos de ese espíritu que procede del fuego del alma.

Ese espíritu ve en el cielo, contempla a Dios y a la eternidad. Es la noble imagen acorde a la similitud de Dios.

Con esa visión ha escrito esta pluma, no de otros maestros, ni por conjeturas, sean verdaderas o no.

Aunque ahora en realidad una criatura no es sino una fracción y no una consumación total, así es que vemos solo en parte, no obstante lo cual lo que está aquí escrito debe ser examinado y es fundamental.

La Sabiduría de Dios no puede ser escrita porque es infinita, sin número ni comprensión; conocemos solo en parte.

Y aunque en realidad sepamos mucho más, la lengua humana no puede alcanzar la altura necesaria para declararlo: sólo usa palabras de este mundo y no palabras del mundo interior, aunque la mente las retenga en el hombre interior.

Por lo tanto siempre unos entienden de una manera y otros de otra, según la cantidad de Sabiduría con que están dotados; y asimismo de acuerdo con ella aprehenden y pueden explicarla.

No todos comprenderán mis escritos, de acuerdo con lo que y he querido decir. Tal vez no haya ninguno que lo haga. Todos comprenderán de acuerdo con sus dones, para su beneficio. Unos más que otros, de acuerdo con la cantidad en que el Espíritu esté en él.

Porque el Espíritu de Dios a menudo está sujeto al espíritu del hombre, cuando éste se atiene a lo que es conducente, y con ello lo capacita e impide que nadie lo perjudique en sus buenas obras para que por sobre todas las cosas se haga la voluntad y el deseo de Dios.

¿Qué es lo que hay en nosotros que es extraño a nosotros, y que nos impide ver a Dios? este mundo y el Diablo son la causa de que no veamos con los ojos de Dios, y fuera de eso no hay otro obstáculo.

Y si alguien dice que no ve nada divino, tendría que empezar por considerar que la carne y la sangre, además de la sutileza y astucia del Diablo, son a menudo los factores que le perjudican, ya que por su propia soberbia mental y para su propia honra él quiere ver a Dios, y por el hecho de que muy a menudo se trata de un ser totalmente atiborrado de malignidad terrena.

Déjenlo mirar en las huellas de Cristo y entrar en la nueva vida, y entregarse por estar bajo la Cruz de Cristo, y desear únicamente la entrada de Cristo en sí mismo: ¿qué le impedirá ver al Padre, su Salvador Cristo, y el Espíritu Santo?

¿Acaso el Espíritu Santo es ciego cuando habita en un hombre? ¿O es que yo escribo para mi propia jactancia?

No es así, pero el lector debe desechar su error, y con los ojos divinos podrá ver las maravillas de Dios y así se hará la voluntad de Dios. Es con este fin que esta pluma ha escrito todo esto, que es bastante, y no en su honor ni en homenaje a los placeres del mundo.

Queridos hijos de Dios, vosotros que buscáis con suspiros y lágrimas, os digo con la mayor sinceridad: vuestra vista y conocimiento está en Dios, él se manifiesta a cada

uno en este mundo tanto como lo desea, tanto como él sabe que es conveniente para ese hombre.

El que obtiene su visión de Dios, tiene que realizar el trabajo de Dios, él tiene y debe ordenar, hablar, y hacer lo que él está viendo y si no lo hace como el riesgo de que le quiten esa facultad concedida; porque este mundo no es digno de la visión de Dios.

Pero en bien de las maravillas y de la revelación de Dios, se les concede a muchos esa visión; así el Nombre de Dios puede manifestarse al mundo. Nosotros no nos pertenecemos, sino somos de aquel a quien servimos en su luz. No conocemos nada de Dios, él, Dios mismo, es nuestro conocimiento y nuestra vista; no somos nada a fin de que él pueda ser todo en nosotros. Seríamos ciegos, sordos y mudos y no sabríamos de la vida en nosotros, si no fuera porque él es nuestra vida y nuestra visión, y porque nuestro trabajo es el suyo.

Cuando hacemos algo bueno no digamos “nosotros hemos hecho esto” sino “el Señor ha hecho esto en nosotros. Bendito y alabado sea su nombre”.

Pero ¿qué es lo que hace el mundo ahora? Si alguien dice: Esto ha hecho el Señor en mí”, y si es bueno, dirá el mundo “¡Necio! Tú lo hiciste; Dios no está en ti. Mientes” y así hacen un mentiroso y un necio del Espíritu de Dios.

Cuando vosotros veáis que el mundo le ataca, persigue, desprecia o calumnia por su conocimiento y el Nombre de Dios, pensad que tenéis al Diablo negro ante vosotros. Entonces suspirad y anhelad que el reino de Dios venga hacia nosotros, y que el aguijón del Diablo logre ser destruido, para que el hombre, tan influido por el Diablo, pueda, mediante vuestros anhelos, suspiros y plegarias ser liberado. Entonces estaréis trabajando en la viña de Dios y expulsando al Diablo de su reino.

En el amor y la mansedumbre nos transformamos en recién nacido salidos de la ira de Dios, en el amor y la mansedumbre debemos luchar contra el Diablo acá en el mundo. Porque el amor es veneno para él; constituye un fuego de terror dentro del cual no puede permanecer. Si él tuviera la más mínima partícula de amor dentro de sí mismo, la expulsaría de sí o se destruiría para verse libre de ella. Por lo tanto el amor y la mansedumbre constituyen nuestra espada, con la cual podemos luchar con el Diablo y con el mundo.

El amor es el fuego de Dios; el Diablo y el mundo son su enemigo. El amor tiene los ojos de Dios y ve en lo profundo en Dios; la cólera tiene los ojos de la fiera ira que ve en lo profundo del infierno, en el tormento y la muerte.

El mundo supone exclusivamente que un hombre debe ver a Dios con los ojos terrenales, siderales, no sabe que Dios reside en lo interior y no en lo exterior.

Si no ve nada admirable o maravilloso en los hijos de Dios, dice: “Oh, éste es un idiota, un necio, él es de temperamento melancólico”. Así tanto conoce.

Escuchad atentamente, sé muy bien lo que es la melancolía. También sé bien qué es lo que proviene de Dios. Conozco ambas cosas y a ti también en tu ceguera; pero ese conocimiento no me lo da la melancolía, sino mi lucha incesante hasta obtener la victoria.

No se concede a nadie sin que se esfuerce, a no ser que se trate de un vaso elegido del Señor, de otra manera deberá luchar para poder lucir la guirnalda.

Es verdad que muchos hombres son elegidos desde el vientre de su madre; elegidos para que abran y descubran las maravillas que el Señor proyecta, pero no todos son elegidos así. Muchos son aceptados por su paciente búsqueda; porque Cristo dijo “Buscad y hallaréis, golpead y se os abrirá. Y también “los que vengan a mí no serán separados”.

Aquí dentro se encuentra el ver por el espíritu de Cristo, y por obra del Reino de Dios, en el poder del Verbo, con los ojos de Dios y no con los ojos de este mundo y de la carne exterior.

Tú, mundo ciego, sabrás así con qué vemos cuando hablamos y escribimos de Dios, y dejarás tranquilo tu falso juicio; mira con tus ojos y deja que los hijos de Dios miren con los suyos; mira a través de tus dones y permite que otros lo hagan a través de los tuyos.

Que cada uno vea como Dios quiere que lo haga y que hable entonces según lo que ha visto. No hablamos todos del mismo tema sino cada uno de acuerdo con sus dones y vocación de servir para honra y gloria de Dios.

El espíritu de Dios no permite que lo aten o liguen, como querría la razón exterior, con decretos, cánones y concilios en los que siempre una cadena del Anticristo está unida a otra, para que los hombres puedan juzgar al Espíritu de Dios, y sostener que sus propias opiniones y pensamientos son la de Dios, como si Dios no estuviera cómodo en este mundo o como si ellos mismos fueran Dioses sobre la tierra.

Yo digo que todos esos convenios y ataduras constituyen el Anticristo y deben considerarse irreligión; por más que aparenten otra cosa.

El Espíritu de Dios no tolera ataduras; no entra en esos tratos u obligaciones, sino que penetra libremente en la mente simple, humilde, anhelante, de acuerdo con sus dones y capacidad.

El aún se somete a ella, si esa mente sinceramente lo desea. ¿Que pueden ofrecer a esa mente las instituciones de este mundo, con toda su prudencia e ingenio, si ella pertenece al honor de Dios?

La charla amistosa y los coloquios son muy convenientes y necesarios, para que unos presenten o impartan sus dones a otros, pero esos dogmas son una cadena contra Dios.

Dios ya hizo una vez una alianza con nosotros, en Cristo, eso es suficiente por la eternidad, ya no hace más. Él una vez se hizo cargo de la humanidad en esa alianza y la selló con sangre y muerte; eso es suficiente.

No es poca cosa el llegar a ser un buen cristiano; en realidad es la empresa más difícil de todo; la voluntad debe ser un soldado en la lucha contra la voluntad corrompida. Debe liberarse de la voluntad terrenal y quedar inmersa en la muerte de Cristo rompiendo el poder de la voluntad terrenal.

Eso requiere mucho coraje y arriesgar la vida terrenal sin ceder un ápice, hasta que se ha logrado romper la voluntad terrenal. La cual ha sido una dura batalla para mí.

No es poca cosa luchar por la guirnalda de la victoria. Nadie la gana hasta que vence, y para ella, contar exclusivamente con la propia fuerza es insuficiente.

El debe hacer como si su voluntad hubiese muerto, y así vivirá en Dios y se sumergirá dentro del amor de Dios, y eso, aunque viva todavía en el reino exterior.

Me refiero a la guirnalda de la victoria, que se obtiene en el mundo paradisiaco si se logra penetrar al fin en él; pues allí se siembra la noble semilla y el debe recibir la altamente preciosa promesa del Espíritu santo, que después es su guía y le dirige constantemente.

Y aunque deba en este mundo atravesar un valle sombrío, en que el Diablo y la maldad continuamente se abalanzan rugientes sobre él, logrando a menudo dirigirlo hacia el mal y esconder la noble semilla; esta noble semilla no permitirá ser mantenida a raya por nadie.

Germina esta semilla y se transforma en un árbol que crece en el reino de Dios, a pesar de todos los desvaríos y enfurecimientos del Diablo y sus seguidores y dependientes.

Y cuanto más atenciones se le prodiguen al noble árbol, mejor y más vigorosamente crece, sin permitir que le destruyan, aunque ello le cueste la vida exterior.

Dios se ha hecho hombre en Cristo y el espíritu de la fe está también en el hombre nacido en Cristo. En ese hombre, el espíritu de la voluntad conversa o camina, en Dios, porque es un solo espíritu con Dios, y labora en la divina obra de Dios.

Y aunque pueda pasar que la vida terrenal lo esconda de tal manera que un hombre no conozca el trabajo que él ha generado en la fe, tan pronto como se rompa su cuerpo terrenal éste se hará manifiesto. Estando en conocimiento de todo eso, no

deberíamos permitir que el terror y el temor nos hagan retroceder; porque nosotros cosecharemos abundantemente y os regocijaremos eternamente. Lo que hemos sembrado aquí en angustia y fatiga, nos conformará eternamente. Amén.

CAPITULO XIV

No podemos decir que el mundo exterior sea Dios, o el Verbo expresado; o que el hombre exterior sea Dios. Eso es solo el Verbo expresado, que se ha condensado en unión con los elementos. Digo, que el mundo interior es el cielo donde reside Dios, y que el mundo exterior emerge del interior a través del eterno Verbo animado y encerrado en el tiempo, entre un principio y un fin.

El mundo interior mora en el eterno Verbo animado. el Verbo eterno hablándole le comunica al Ser a través de la Sabiduría, procedente de sus propios poderes, colores y virtud, como un gran misterio de la eternidad. Este Ser es un aliento del Verbo en la Sabiduría: tiene el poder de generar en sí mismo, y se introduce en formas generándose a la manera del Verbo eterno, o como podría decirse, emergiendo de la Sabiduría en la Palabra o el Verbo.

Por consiguiente no hay nada inmediato ni apartado de Dios: un mundo contiene al otro y todos son en todos como el alma y el cuerpo, y el tiempo y la eternidad. El eterno Verbo animado reina a través de todos y sobre todo; trabaja de una eternidad a otra; y aunque no puede ser aprehendido ni concebido, su trabajo sí puede ser concebido, porque éste es el Verbo formado, del cual el Verbo activo es la vida.

El eterno Verbo animado es la divina comprensión o sonido. Aquello que es dado a luz del deseo-amor y traído hacia una forma, eso, repito, es la comprensión y sonido natural y creador que estaban en el Verbo, como fue dicho “en él estaba la vida y esa vida era la luz de los hombres”.

La armonía de ver, oír, tocar, gustar y oler, es la verdadera vida intelectual. Cuando una facultad entra dentro de otra, ellas se unen en el sonido; cuando la hacen y se unifican, se despiertan y conocen recíprocamente. En este conocimiento consiste la verdadera comprensión, que de acuerdo con la naturaleza de la eterna sabiduría, es inconmensurable y abisal, perteneciendo al Uno que es Todo.

Por lo tanto sólo una voluntad, si está en la luz, puedo beber de esta fuente y contemplar la infinidad. De esa contemplación salió lo que ahí está escrito.

En la luz de Dios (que es llamada reino del cielo), el sonido es totalmente suave, agradable, encantador y puro; y es una quietud en comparación con nuestro grosero sonido y lenguaje exterior. Es como si la mente jugara a componer melodías en un reino interior de dicha, y entonces escuchara interiormente una dulce y placentera música, que exteriormente fuera incapaz de oír, y menos aun de comprender. Porque en la luz divina todo es sutil, de la misma manera que los pensamientos que juegan y ejecutan melodías entre ellos.

No obstante lo que digo, hay un sonido y lenguaje real inteligible y distinto usado por los ángeles de acuerdo con su propia cualidad en el reino de la gloria. Los poderes

del Verbo formado y manifestado, en su amor-deseo, se introducen, de acuerdo con lo que es característico de cada uno de esos poderes, en un ser exterior, donde, como en una mansión, ellos pueden ejecutar su juego de amor, y tener algo desde dónde y con qué jugar mutuamente y enhebrar melodías, en su denodada lucha de amor.

Dios, que es Espíritu, por su manifestación y a través de ella, se ha introducido en distintos espíritus que son las voces de su eterna y fecunda armonía en el Verbo manifestado de su gran reino de dicha; ellos son los instrumentos de Dios, en los cuales su Espíritu ejecuta melodías; son ángeles, las llamas del fuego y de la luz en un dominio pleno de vida y comprensión.

No pensemos que los santos ángeles residen solo sobre las estrellas y más allá de este mundo, como nuestra razón, que nada sabe de Dios, imagina. En realidad viven más allá del dominio de este mundo, pero el lugar ocupado por este mundo (aunque en la eternidad no hay lugares), y también el lugar más allá de este mundo, es todo uno para ellos. Nosotros, los hombres, no vemos a los ángeles ni a los diablos con nuestros ojos, no obstante lo cual ellos están entre nosotros. Los ángeles buenos y los malos, viven cerca unos de otros, y sin embargo hay una enorme, inmensa distancia, entre ellos. Porque aunque el cielo contenga al infierno y viceversa, el uno no se manifiesta al otro. Aunque el Diablo recorriera enormes distancias deseando entrar al cielo y verlo, continuaría estando en el infierno y no lo vería.

Si no se conociera el mal, la dicha no se manifestaría.. Pero si se manifiesta la dicha entonces el Verbo eterno es hablado en un lenguaje de dicha. Para lograr este único fin, el Verbo con la naturaleza se ha traducido en una creación.

Todo aquel que ve y comprende esto correctamente, ya no se hace ninguna clase de preguntas, porque ha comprendido que él vive y subsiste en Dios, y que él puede en el futuro saber y querer a través suyo, y hablar cómo y lo que él quiera. Tal hombre busca únicamente la humildad, y que solo Dios reciba la alabanza.

Mi espíritu de voluntad, que ahora ha tomado la humanidad de Cristo, vive en el espíritu de Cristo, que con su vigor comunicará savia a este árbol reseco, para que pueda alzarse al sonido de la trompeta del divino aliento en la voz de Cristo, que es también mi voz en su aliento, y pueda resurgir de nuevo en el paraíso. El paraíso estará en mí; todo lo que Dios es y tiene, empezará a surgir en mí como un reflejo del ser de este mundo divino; todos los colores, poderes y virtudes de su sabiduría eterna se manifestarán en mí, a su semejanza. Seré la manifestación del mundo divino y espiritual y un instrumento del Espíritu de Dios, en el cual él ejecuta sus melodías para sí mismo, con esta voz que soy yo. Yo seré su instrumento, un órgano que expresa su Verbo o su Voz; y no solo yo sino todos los integrantes en el glorioso coro e instrumento de Dios. Todos somos cuerdas en el concierto de su dicha; el espíritu de su boca da la nota exacta y el trono, y en ella afinamos nuestros instrumentos.

Por consiguiente es para esto que Dios se hizo hombre. Para poder reparar su glorioso instrumento de alabanza, que sonaba desafinado y no de acuerdo con el tono

de su dicha y de su amor. Él volvería a traer el verdadero sonido de amor a esas cuerdas. Él nos ha devuelto la voz que pueda alzarse en su presencia otra vez.

Él ha descendido hasta mí y me han transformado en lo que él es, para que yo pueda decir en toda humildad que yo, en él; soy su trompeta y el sonido de su instrumento, y su divina voz.

CAPITULO XV

Hablaré ahora a aquellos que sienten muy realmente dentro de ellos, el deseo de arrepentirse, y a pesar de ello no logran reconocer y deplorar los pecados cometidos, pues la carne se mantiene diciéndole continuamente al alma “Un momento más... sí estamos bien así... “ o si no “Ya habrá tiempo mañana”. Y cuando llega el mañana la carne dice de nuevo “Mañana”. El alma, mientras tanto, suspirando y desmayándose, no logra ni lamentar los pecados cometidos, ni un poco siquiera de consuelo. Para ése, repito, indicaré un proceso o sendero, a través del cual yo he ido personalmente, para que sepa que debe hacer y lo que pasó conmigo, si por ventura él se siente inclinado a entrar en él y seguirlo.

Cuando un hombre percibe dentro de sí mismo, presionando su mente y su conciencia, una avidez o deseo de arrepentirse, a pesar de lo cual no siente dentro de él compunción alguna por los errores cometidos, sino solo el anhelo de sentirla; de modo tal que esa pobre alma cautiva suspira continuamente, teme y siente que debe reconocerse culpable de pecados ante el juicio de Dios; tal persona, repito, no puede hacer nada mejor que esto, que consiste en envolver juntos los sentidos, la mente y la razón, y hacerse a sí mismo, tan pronto como detecte la aspiración de arrepentirse, el fuerte e inexorable propósito de que entrará en esa misma hora, qué digo hora, en ese mismísimo minuto, en el proceso de arrepentimiento, y abandonará el camino del mal, sin tomar en cuenta para nada el parecer de los demás ni del mundo en general. Sí. Y si fuese necesario que él deserte y desestime todas las cosas, en pro de ese arrepentimiento; y que nunca se aparte de esa resolución que hizo, aunque se convierta en el hazmerreír y el estúpido máximo para todo el mundo, de que con todas las fuerzas de que se sienta capaz en su mente, él se apartará de la gloria y placeres del mundo y pacientemente entrará en la pasión y muerte de Cristo, poniendo toda su esperanza y confianza en esa vida que vendrá; que aun ahora en integridad y verdad él entrará en la vida de Cristo, y allí dentro realizará la voluntad de Dios, que en el Espíritu y voluntad de Cristo él iniciará y terminará todas sus acciones en este mundo; y que por la palabra de Cristo y su promesa, que nos asegura una recompensa celestial, gustosamente aceptará y soportará toda adversidad y toda cruz, para de este modo ser admitido en la comunión y hermandad de los hijos de Cristo.

Debe firmemente imaginarse a su alma enteramente envuelta en esta persuasión, de que realizando tal propósito él obtendrá el amor de Dios en Jesucristo, y que Dios le dará esa noble promesa del Espíritu Santo por seña; que en la humanidad de Cristo renovará su mente con amor y poder, fortaleciendo su débil fe. También que en sus ansias divinas él recibirá la carne y sangre de Cristo por alimento y bebida para el deseo de su alma, que está hambrienta y sedienta de ese, el único alimento que puede saciarla; y la sed de esa alma bebe el agua de vida eterna que procede de la pura fuente de Jesucristo.

El debe asimismo entera y firmemente imaginarse, y colocar ante él, el gran amor de Dios. Debe persuadirse de que Dios en Cristo le oirá más fácilmente y le recibirá en su gracia; que Dios en el amor de Cristo, en el más amado y precioso nombre de Jesús, no puede permitir ningún mal; y que no puede haber ninguna mirada colérica en este hombre, sino solo el más alto y más profundo amor y fidelidad; la más inmensa dulzura de Dios.

Teniendo todo esto en consideración él debe firmemente imaginarse que en esta misma hora y momento, Dios está realmente presente dentro y fuera de él. El debe saber y creer que en su hombre interior él permanece realmente delante de Dios, a quien su alma ha dado la espalda, y debe, con los ojos de su mente, en postura de temor y de la más profunda humildad, empezar a confesar sus pecados e indignidad ante la cara de Dios de la manera que sigue:

“Oh tú gran Dios inescrutable, Señor de todas las cosas; Tú que en Jesucristo, por tu gran amor hacia nosotros, te has manifestado en nuestra humanidad: Yo, pobre, indigno y miserable pecador venga ante tu presencia, aunque no soy digno de levantar mis ojos hacia ti, reconociendo y confesando que soy culpable de haber renunciado a tu gran amor, y a la gracia que tan libremente nos otorgaste. Mi alma ni siquiera se conoce a causa del lodo del pecado; como un forastero ante ti, indigno de desear tu gracia.

“Oh Dios en Jesucristo, tú que por los pobres pecadores te hiciste hombre para ayudarlos, a ti recurro. El Diablo me ha envenenado y ya ni reconozco a mi Salvador; he pasado a ser una rama salvaje en tu árbol. Para mí mismo me he convertido en un necio; estoy desolado y desnudo, y mi vergüenza se alza ante mis ojos sin que yo pueda ocultarla; tu juicio me espera. ¿Qué puedo decirte y a ti, que eres el juez de todo el mundo?

“Oh, Dios misericordioso, es debido a tu amor y sufrimiento que no estoy ya en el infierno. Yazgo ante ti como un moribundo cuya vida se exhala de sus labios, como una chispa que se apaga; enciéndela de nuevo, oh, Señor, y eleva de nuevo el aliento de mi alma ante ti”.

El hombre debe considerar muy seriamente en su mente este asunto. Si alguna vez llega a obtener el divino amor, la unión con la noble Sabiduría de Dios, debe hacer un voto en su propósito y en su mente.

Bienamado lector, porque te amo no te ocultaré lo que me ha sido dado conocer. Si todavía estás aferrado a la vanidad de la carne, y no tienes un propósito firme de caminar hacia el nuevo nacimiento, intentando convertirte en un nuevo hombre, entonces no concedas importancia a las palabras de esa plegaria y no las digas; o si no, ellas se convertirán en un juicio de Dios sobre ti. No debes tomar los santos nombres en vano; ellos solo pertenecen a las almas sedientas. Pero si tu alma está realmente consumida por la sed, ella descubrirá por propia experiencia lo que son esas palabras.

Amada alma; Cristo fue tentado en el desierto, y si anhelas seguirle debes rehacer su camino desde su misma encarnación hasta su ascensión.

Aunque no seas capaz ni se te exija hacer lo que él hizo, debes introducirte de lleno en su proceso y desde allí morir continuamente para la corrupción. Porque la Virgen, la Santa Sabiduría, no se desposa con el alma sino cuando esta alma, a través de la muerte de Cristo, se yergue como una nueva planta, que se alzara en el cielo.

Por lo tanto fíjate bien en lo que haces: cuando has hecho esa promesa, tienes que cumplirla entonces la Sabiduría te coronará más pronto de lo que debieras ser coronado. Pero debes estar seguro que cuando el Tentador venga a ti con el placer y la gloria del mundo, tu mente lo va a rechazar. La libre voluntad de tu alma debe sostener el embate más fuerte como un guerrero y un campeón. Si el Diablo no puede prevalecer contra tu alma con la vanidad, volverá a la carga con sus indignidades y su catálogo de pecados. Allí debes luchar fuerte, porque en este conflicto los pobres pecadores suelen pasarlo tan mal, que la razón exterior piensa que están fuera de sí o que están poseídos por un espíritu maligno. En este tipo de combate, el cielo y el infierno luchan el uno contra el otro. Pero un soldado que ha ido a la guerra debe saber cómo pelear e incluso adiestrar a otro que se vea en idéntica condición.

HE consignado aquí para ayudar al lector, una plegaria muy eficaz para luchar contra la tentación, de modo que sepa qué hacer si está en esa situación.

“Amantísimo amor de Dios en Jesucristo, no me abandones en esta angustia. Te confieso que soy culpable de los pecados que se agitan ahora en mi conciencia y en mi mente; si me abandonas, pereceré. ¿Pero ¿no me has prometido en tus propias palabras, cuando dices: “Si una madre pudiera olvidar a su hijo (lo que es muy difícil), ¿cómo podrías tú olvidarme?”. Me has colocado como un signo en tus manos que fueron atravesadas con agudos clavos, y en tu costado abierto de donde manó sangre y agua. ¡Pobre infeliz de mí! Dependiendo de mi propia habilidad no hay nada que yo pueda hacer ante ti; me sumerjo en tus heridas y en tu muerte; en ti me sumerjo con la angustia de mi conciencia; haz lo que quieras de mí”.

Bienamado lector, éste no es asunto banal; el que así piensa no ha pasado por él. Su conciencia todavía duerme. Feliz el que pasa por este fuego en su juventud, antes de que el Diablo tenga tiempo de erigir una fortaleza en su interior; puede ser que sea un trabajador en la viña celestial, y que siempre su semilla en el jardín de Cristo, donde a su debido tiempo cosechará el fruto. Este proceso dura un buen tiempo, con algunas pobres almas, muchos años, si no se ponen seriamente, y cuanto antes, la armadura de Cristo. Pero para aquel que con firme propósito se esfuerza por escapar de sus malignos caminos, la tentación no será tan ardua, ni durará mucho tiempo. Pero debe continuar valientemente hasta que obtenga la victoria contra el Diablo. Él tendrá mucha ayuda y todo saldrá a pedir de boca para él; de modo que después, cuando el día amanezca en su alma, él convierta toda su penuria en un himno de alabanza por la gloria de Dios.

CAPITULO XVI

Toda pena, angustia y temor que se refiere a asuntos espirituales, por los cuales un hombre se siente abatido o aterrorizado dentro de sí mismo, procede del alma. El espíritu exterior, que viene de las estrellas y elementos, no se perturba ni confunde así; porque vive en su propia matriz, la que le generó. Pero la pobre alma ha entrado en alojamiento extraño, al pasar al espíritu de este mundo, el cual no es su propio hogar. Debido a ello esta delicada criatura aparece deslucida y estropeada y además mantenida en sujeción, cautiva en un calabozo oscuro.

El alma es en primera instancia una mágica fuente del fuego de la naturaleza de Dios. Es un intenso e incesante deseo de la Luz divina.

Así pues, el alma, por ser en sí misma un mágico y ávido espíritu de fuego, desea la virtud espiritual con el fin de mantener y preservar con ella su vida de fuego y apaciguar la voracidad de su fuente.

Pero visto que en su avidez el alma, desde el vientre materno, se ve envuelta en el espíritu del gran mundo y en su propio temperamento, se alimenta a partir de su nacimiento, y aun desde el vientre materno, del espíritu de este mundo.

El alma se nutre con alimento espiritual de acuerdo a su temperamento; es la manera que tiene de encender su propio fuego. El combustible de ese fuego debe ser, o su propio temperamento o una subsistencia que le venga de Dios.

Así podemos comprender la causa de esa infinita variedad que existe en las voluntades y acciones de los hombres. De acuerdo con aquello que es lo que nutre esa alma, con lo cual esa vida de fuego es abastecida, es que esa alma es dirigida y gobernada.

Si se evade de su propio temperamento hacia el fuego del amor de Dios, dentro de la sustancia celestial que es la del propio Cristo, entonces se nutre de Cristo y de la mansedumbre de la luz de su majestad, donde se halla la fuente de la vida eterna.

De aquí el alma obtiene una voluntad divina y obliga al cuerpo a hacer aquello que de acuerdo con su natural inclinación y el espíritu de este mundo, no haría. En esa alma, no es el temperamento el que gobierna; a lo más ejerce su dominio sobre el cuerpo exterior. Ese tipo de hombre experimenta un vivo anhelo de Dios.

A menudo, cuando su alma se nutre de la divina esencia del amor, le transmite una exultante sensación de triunfo incluso un divino saber que llega hasta el temperamento mismo. Así el cuerpo entero es afectado por todo esto y llega en momentos hasta a temblar de dicha, siendo exaltada a tales extremos de sensación divina, como si llegase hasta los límites mismos del paraíso.

Pero estos estados de raptó extático no duran mucho. Pronto se nubla dentro del alma a causa de cualquier incidente de otra naturaleza que emana del espíritu de este mundo, del cual hace un espejo, desde el cual empieza a especular con su imaginación exterior. Así sale bien pronto del Espíritu de Dios y es a menudo enlodada con la inmundicia del mundo, si la Virgen de la Divina Sabiduría no la llama otra vez hacia el arrepentimiento y el retorno al primer amor. Y si el alma se lava de nuevo en el agua de vid eterna, a través de una profunda contrición, es renovada otra vez en el fuego del amor de la mansedumbre de Dios, y en el Espíritu Santo, como un niño recién nacido. Vuelve a beber esa agua y finalmente recobra su vida en Dios.

No hay temperamento en el cual la voluntad del Diablo y sus sugerencias puedan ser más claramente descubiertas, si el alma ha sido iluminada siquiera una vez, que en el temperamento melancólico, como muy bien sabe el que ha sido tentado y ha defendido con entereza y éxito su plaza fuerte.

Oh, cuán sutil y maliciosamente extiende el Diablo sus redes para atrapar tales almas, como hace el cazador con los pájaros. Muy a menudo las aterroriza en sus plegarias, especialmente de noche, cuando está oscuro, introduciéndoles sus sugerencias, y llenándoles de temores de que la ira de Dios caerá sobre ellos. Así puede hacer la comedia de que ejerce poder sobre el alma del hombre y que ésta le pertenece, aunque no tiene poder ni para tocar un pelo de su cabeza. A menos que el alma desespere y se entregue inerte a él, él no se atreve espiritualmente, y realmente a tomarla, y ni aún a tocarla.

Tiene más de una manera de tentar al alma melancólica. Porque si no puede en absoluto reducir a la desesperación para conseguir que se le rindan por esa causa, las abrume de tal manera con temores y pesadumbres acerca de su estado presente y de su condenación futura, que bajo semejante carga son empujadas hacia pensamientos e ideas de autodestrucción. El no se anima a destruir un hombre; el hombre mismo debe hacerlo. Porque el alma tiene libre albedrío. Si resiste al Diablo y no hace lo que éste le aconseja, no obstante cuanto pueda tentarle, él no tiene poder ni siquiera para tocar el cuerpo externo del pecador.

La perturbación del ánimo a que nos referimos es más bien un asunto de la misericordia de Dios que de su ira. El no quebrará la caña cascada ni extinguirá la mecha que aún humea. Nuestro Señor Jesucristo, en su bendito ofrecimiento y promesa dijo: “Venid a mí todos los que están trabajados y cargados y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas”.

Este yugo de Cristo no es otro que la Cruz de la naturaleza y la providencia. Ese es el yugo que el hombre debe tomar y llevar tras de Cristo con paciencia y con entera sumisión. Entonces la pesadumbre, cualquiera que ella sea, lejos de herir al alma le hace mucho bien. Porque mientras el alma permanece en la casa del dolor no está en la del pecado; o en el orgullo, la pompa, y el placer. Dios, como un padre estricto, a través de la tribulación, la mantiene alejada del placer pecaminoso de este mundo.

El alma perturbada se siente perpleja y se atormenta porque no logra abrir con sus anhelos la fuente de la divina dicha en el corazón. Suspira, se lamenta, y teme que Dios no quiera saber nada con ella porque es incapaz de sentir el consuelo de su presencia visible.

Así me sucedió a mí, antes de la época de mi iluminación y alto conocimiento. Requerí un largo y doloroso sendero antes de recibir la noble guirnalda. Entonces fue cuando aprendí que Dios no reside en el exterior corazón carnal, sino en el centro del alma, en el sí mismo, en su propio principio.

Fue entonces también cuando primero percibí en mi espíritu interior que era Dios mismo quien me había atraído hacia él, en y por el deseo. Lo que no había sido capaz de emprender antes, porque me imaginaba que el buen deseo procedía de mí, y que Dios estaba muy distante de nosotros los hombres. Pero después descubrí con toda claridad, y ello me regocijó muchísimo, cómo es que Dios abunda en gracia con nosotros. Por eso escribo esto como un ejemplo y advertencia para otros, para que no se desesperen si el Consolador tarda en llegar, sino más bien recuerden el reconfortante estímulo que significan las palabras de David en el Salmo: “La pesadumbre puede durar una noche, pero la dicha llega con la mañana”.

Es así como ha sucedido con los más grandes santos de Dios. Ellos se vieron forzados a luchar denodadamente y por largo tiempo para obtener la noche guirnalda. Con la cual es evidente que ningún hombre será coronado, a menos que se esfuerce y obtenga la victoria.

En realidad ella está colocada en el alma, pero si un hombre desea colocársela en su vida mortal, debe luchar por ella. Y entonces, si no la obtiene en este mundo, ciertamente que la recibirá luego que haya partido de su tabernáculo terrenal. Porque Cristo dijo: “En el mundo tendréis aflicción, pero en mi hallaréis la paz; pero confiad, yo he vencido al mundo”.

No tengo pluma que pueda escribir, ni palabras que puedan expresar lo que la inefable y dulce gracia de Dios en Cristo, es. Yo, personalmente, lo he descubierto por propia experiencia, y así hablo desde una base firme. Y es con la mejor disposición y desde lo más profundo de mi corazón que yo desearía compartir todo esto con mis hermanos en el amor de Cristo, quienes, si siguen fielmente estos pueriles consejos que les doy, a su vez descubrirán por propia experiencia como esta simple mente mía ha podido conocer y comprender estos inmensos misterios.

CAPITULO XVII

El discípulo dijo a su maestro: “Señor, ¿cómo puedo yo ascender al nivel superhumano, de modo de poder ver a Dios y oírle hablar?”

El Maestro respondió diciéndole: “Hijo, cuando puedas trascender a Aquello, donde ninguna criatura reside, aunque sea por un momento siquiera, entonces oirás lo que Dios habla”.

Cuando logres escapar a la tiranía del yo y de la expresión de su voluntad, cuando tanto tu intelecto como tu voluntad estén pasivos, en quietud, para permitir que sobre ellos se estampe la impronta del Verbo eterno y del Espíritu, y cuando tu alma emerja de la temporal, teniendo los sentidos exteriores y la imaginación aquietados en abstracción divina, entonces sabrás en ti cómo ver, oír y hablar en la eternidad. Dios oirá y verá a través tuyo, que te habrás convertido en el órgano de su Espíritu; así, Dios hablará en ti y le murmurará a tu espíritu, y tu espíritu oirá su voz.

Para llegar a esto se necesita cumplir tres requisitos: el primero consiste en que tendrás que someter tu voluntad a la de Dios, de biendo sumergirte hasta el fondo en su misericordia. El segundo se refiere a que deberás odiar tu propia voluntad y abstenerte de hacer aquello hacia lo cual se conduce esa propia voluntad. La tercera es que deberás colocar tu alma bajo la Cruz, sometiéndote de corazón a ella, con el fin de poder asistir las tentaciones de la naturaleza y de la criatura. Y si eres capaz de hacer todo esto, oirás, Hijo mío, lo que el Señor habla en ti.

Aunque admites profundamente la sabiduría terrenal, ahora, que estás vestido con la Celestial Sabiduría, te darás cuenta que toda la sabiduría del mundo es desatino. Serás capaz de resistir cualquier tentación y te mantendrás hasta el final de tu vida por encima del mundo y por sobre los sentidos. En este proceso te odiarás a ti mismo y asimismo te amarás; te lo repito, te amarás a ti mismo como nunca te has amado.

Al amarte a ti mismo, no te amas por sí mismo; pero como te has sometido al amor de Dios, amarás ese divino centro en ti, mediante el cual y en el cual amas profundamente a la divina sabiduría, la divina bondad, la divina belleza. También amarás las grandes obras de Dios, y en este mismo centro amarás a tus hermanos. Al odiarte a ti mismo, lo que odias es solo aquello en lo cual el mal todavía persiste próximo a ti. Es imposible, no puede haber ningún egoísmo en el amor, ambos se excluyen mutuamente. El amor, esto es, el amor divino (el único del que hemos hablado), aborrece todo perverso egoísmo. Es imposible que estos dos subsistan en una persona; necesariamente el predominio de uno determina la exclusión del otro.

La altura a que puede llegar el amor, tiene la altura de Dios; logra elevarte hasta hacerte tan alto como Dios mismo, uniéndote a él. Su grandeza será tan grande como la de Dios; hay una latitud del corazón enamorado que es imposible expresar; agrande el alma hasta hacerla alcanzar el tamaño de la creación entera. Tú

experimentarás esto, más allá de todo lo que yo pueda explicarte, cuando el trono del amor se eleve en tu corazón. Su poder sostiene los cielos y mantiene la tierra; su poder es el principio de todos los principios, la virtud de todas las virtudes. Es la razón de todo lo que existe y una energía vital que interpenetra todos los elementos naturales y sobrenaturales. Es el poder de todos los poderes, y nada es capaz de perjudicar la omnipotencia del amor, ni resistir su empuje poderoso. Si lo encuentras, has llegado a la fuente de la cual todas las cosas proceden, y al centro donde todas ellas convergen; y te has convertido en un Rey sobre todas las obras de Dios.

Guarda silencio, por tanto, y observa que a través de la plegaria tu mente se disponga a encontrar esa joya, que al mundo aparece como algo deleznable, pero que constituye el todo para los hijos de la Sabiduría. El sendero hacia el amor de Dios es desatino para el mundo, pero sabiduría para los hijos de Dios, para quienes lo que el mundo desprecia es el maspreciado tesoro; sí, tan gran tesoro es, que ninguna vida puede expresar, ni lengua alguna poner en palabras lo que es este fogoso, arrebatador amor de Dios. Es más brillante que el sol; es más dulce que cosa alguna considerada dulce; es más fuerte que toda fuerza; más nutritivo que cualquier embriagador y más agradable que todo lo que podamos imaginar como agradable en este mundo. El que lo obtiene es más rico que monarca alguno haya sido sobre la tierra, y el que lo gana es más noble que un emperador y más potente y absoluto que todos los poderes terrenales y sus autoridades.